LA HORA DE LA MUERTE

Keith Luger



HP PRADERA 632

Keith Luger

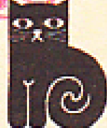
LA HORA DE LA MUERTE



K-67



HEROES DE LA PRADERA



Keith Luger

LA HORA DE LA MUERTE

Colección
HEROES DE LA PRADERA n.° 632 Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA. S. A.
BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.263 — La historia de Bill *el Melenas*.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.528 — Un crimen y un beso.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza.

En Colección KANSAS:

657 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

919 — Un caso sin importancia.

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby *el Llorón*.

En Colección ASES DEL OESTE:

1.187 — Una chica explosiva.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

630 — Dos revólveres calientes.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray.

ISBN 84-02-02524-2 Depósito legal: B. 39.919- 1981
Impreso en España - Printed in Spain
2.ª edición: febrero. 1982
2.ª edición en América: agosto. 1982

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera. S. A. Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona • 1982

CAPITULO PRIMERO

Dick Caldwell desmontó del caballo cuando estaba a punto de entrar en Rincones, el pueblo limítrofe con la frontera, y se detuvo al ver que un tipo mexicano corría hacia él.

El mexicano se ajustó el poncho mugriento y después de mirar a varios lados con precaución, preguntó:

—¿Pagaría un dólar para salvar la vida?

Dick Caldwell lo examinó con curiosidad.

—¿Se encuentra bien, amigo?

—No estoy loco.

—Bueno, entonces continúe. ¿Qué lío se trae entre manos?

El mexicano sacudió la cabeza para encontrar otras palabras, pero tras su esfuerzo, le salieron las mismas:

—¿Puede pagar un dólar oro por salvar la piel?

—Tengo un dólar.

—Usted debe ser el gringo llamado Caldwell.

—Acertó, compañero.

—Pues bien, por un solo dólar puedo decirle cómo alargar la vida.

Dick se pasó una mano por la cara. Se sentía fatigado después de las cincuenta millas de camino.

—Ya voy entendiendo. Usted es un buen hombre que vende emplasto, ungüento y cosillas por el estilo para conservar la salud. Además, adivina el nombre del tipo y la edad que tiene.

—No, señor Caldwell. Estoy tratando de alejarle de un grave peligro por sólo un machacante. ¿No se dice así en su lengua?

—Sí, amigo.

—Puede llamarme Miguel.

—Bueno, Miguel, ¿por qué ese peligro?

El mexicano se humedeció los gruesos labios con la lengua.

—Le están esperando en el pueblo para darle tomate.

—Tomate, ¿eh? Quieres decir plomo.

—No he querido ser tan crudo.

Dick Caldwell entornó los párpados. Miró hacia las primeras casas de Rincones.

—Ahora acabo de entender. Se trata de unos fulanos...

—¡Justo!

—Uno debe ser largo y malcarado, otro rubio de pelo sucio y cara torcida, y el tercero tiene las cejas blancas y una cicatriz sobre el labio superior.

El mexicano arrugó el gesto.

—Por santa Eulalia, patrona de los campanarios, me ha partido por la mitad. Ahora no le voy a poder cobrar el dólar decentemente.

—Son ésos, ¿eh?

—Si, gringo moreno. Esos son los que llevan la voz cantante. Están reunidos en casa de Rosita, bebiendo whisky de lo bueno. Pero lo malo viene ahora.

—Habla, Miguel.

—Hay cuatro tipos más repartidos por los edificios de la calle Mayor. Unos están en el bar de Florencio, y los demás en el harén de Lupita. En cuanto usted aparezca, obrarán de acuerdo para emplomarlo de mala manera. Todos a una.

—Todos a una —repitió Dick, dejando perder la mirada.

—Los siete, gringuito. Por eso le dije si quería pagar un dólar por salvar su vida.

Dick se rebuscó en el bolsillo y extrajo dos dólares.

Los lanzó al mexicano.

—¡No, Dios mío! ¡Tanto dinero no! ¡Si sólo iba a cobrarle veinticinco centavos!

—Embólsalos, Miguel. Y gracias de todo.

—¡Que la Virgen de Guadalupe se lo pague librándole de todo peligro!

—Amén —Dick subió al caballo.

El mexicano empezó a pegar besos a los dos dólares.

—¡Gracias! ¡Muchísimas gracias, gringo rumboso!

Pero Dick ya estaba camino del pueblo.

En eso, el mexicano pegó un aullido.

—¡No!

Dick se volvió a medias.

—¿Ocurre algo, Miguel?

—¡No es ése el camino! ¡A las afueras se va por el atajo de la

izquierda!

—La verdad es que quiero ir al pueblo.

—¿A Rincones...?

—Sí.

El mexicano se cubrió los ojos con las manos.

Rezó en voz alta, protestó para alertar al gringo, y finalmente se dedicó a persignarse repetidas veces, pero no parecía feliz.

Dick Caldwell llegó a la calle Mayor de Rincones a los pocos minutos.

El sol caía de plano. El calor era pegajoso. El polvo permanecía quieto al paso del caballo porque no corría una brizna de aire. La campana de la iglesia de santa Inocencia largó un par de sonidos melancólicos, pero nadie hizo mención de asistir a la novena de la santa. Algunos tipos estaban tirados sobre las aceras y sólo se movían para rascarse.

Dick echó pie a tierra delante del bar de Florencio.

Pero no entró.

Lanzó una mirada circular tratando de ubicar los establecimientos citados por Miguel.

Los fue localizando uno a uno. El harén de Lupita se hallaba frente al bar de Florencio. El local de Rosita formaba triángulo con los otros dos.

Dick relajó los músculos y se dispuso a entrar en el bar de Rosita, donde debían estar los tres tipos más conocidos.

Sonaron las cuatro en el reloj del campanario y se escuchó la voz desgarrada de un tipejo que corrió de un lado a otro.

—¡Todos a cubierto! ¡«La hora de la muerte»!

Al conjuro de las palabras del tipejo, los individuos que permanecían amodorrados saltaron como impulsados por resortes.

Parecían ratas buscando refugios inexistentes. Sin embargo, cuando se despejaron, encontraron los huecos y desaparecieron como por encanto.

La calle quedó totalmente desierta.

Un perro rezagado fue llamado por su dueño desde un portal y el can. como si intuyera el peligro, corrió rabo entre piernas y se introdujo por debajo de las huecas aceras de madera.

Dick sacudió la cabeza pensativamente. Desde hacía años se interesaba por el pueblo mexicano. Lo consideraba misterioso y un

tanto místico. Aquellos arranques dejaban de muestra siempre a la gente del Norte.

Sin embargo, lo que acababa de producirse era extraordinario.

A plena luz del día, había cundido el terror apenas dieron las cuatro.

El sacristán que manejaba la campana pegó un chillido y salió por piernas al verse el último en la desbandada. Como las puertas habían sido cerradas herméticamente, optó por pegar un salto y colarse por una claraboya donde luchó un rato con los faldones del guardapolvo. Antes de desaparecer, largó una ojeada a la calle y se santiguó.

Dick recobró el movimiento y se aproximó a los batientes del bar de Rosita.

Pero antes de llegar a ellos, tres tipos se destacaron en el hueco.

Uno era largo y malcarado. Otro tenía el pelo muy rubio y sucio y mostraba una cara torcida. El tercero tenía las cejas blancas.

El sujeto largo y malcarado alargó el pescuezo, y ocultando un brillo de admiración a la vista del joven recién llegado, carraspeó para aclararse la voz.

—Dick —empezó—. Deberías escupirnos en la mismísima cara, muchacho.

Dick soltó las riendas del caballo y se pasó las palmas de las manos por los pantalones.

—Bueno, Buck. Tengo la boca un poco seca del polvo, pero pronto estaré en condiciones de largaros un salivazo.

—¿Os dais cuenta, chicos? —dijo Buck—, Eso es lo que más me gusta de Dick. Es un muchacho que sabe replicar.

Los chicos gruñeron asintiendo.

Buck volvió a aclararse la voz y agregó:

—Sí, Dick. Aquí donde nos ves, somos los tipos más repelentes que pisan estas zonas.

—No lo discuto.

—Y además de ser la escoria, somos los sujetos más desconfiados y más granujas en cien millas a la redonda.

—Pon ciento cincuenta.

Buck abrió la boca y vomitó una risotada.

—¿Qué os dije, chicos? ¡Golpes! Eso es lo que tiene Dick. Buenos golpes. Sabe todas las respuestas.

—Habladme de vosotros, chicos —dijo Dick.

—A eso iba, muchacho. Aquí donde nos ves, estamos muertos de vergüenza. Carcomidos por la conciencia.

—Seguro que no es para tanto.

Buck sacudió la cabeza lleno de pesar.

—Sí, Dick. Cuando nos miramos a nosotros mismos nos dan ganas de vomitar. Carecemos de sentimientos. Somos bastardos de veras.

Dick esbozó una sonrisa.

—Vamos, muchachos. No es para tanto. A ti, Buck, te vi dar una colilla de puro a un ciego, allá en Sepulcritos. A Whit le vi adoptar a una pobrecita huérfana de dieciocho años y después de darle educación, la colocó en casa de Ben *el Turco* a cambio de cien dólares. Respecto a Ellery…

Ellery, el de las cejas blancas, se miró las puntas de las botas como si se sonrojara.

—Por favor. Dick, no lo repitas más. Aquellos dos viejecitos estaban solos en el mundo. Tuve que hacerlo. De veras que me costó mucho, pero tuve que liquidarlos por lástima.

—Sí —cabeceó Dick—. Me contaron que por sólo cincuenta dólares los degollaste y tú mismo les diste tierra.

—Cristiana sepultura en el cementerio de Cerecitos. Lo hice con estas manitas que un día se comerá la tierra.

Dick sonrió y los abarcó con la mirada.

—¿Y todavía decís que sois malos?

—Lo somos —asintió Buck—. Figúrate que hemos desconfiado de ti.

—¿Sí?

—Se me cae la cara de bochorno, pero es así. He organizado a los chicos para atraparte en este pueblo.

—No me digas, Bucky.

—Sí, Dick. Hemos desconfiado de ti como viejas suspicaces. Te hemos tendido una trampa porque creíamos que te echarías a huir.

—Sí que ha estado feo, muchachos.

—Ya te confesamos que estamos muertos de vergüenza. Pero has aparecido. Hoy creo en la amistad.

Hubo un silencio.

Los cuatro hombres cambiaron miradas de impaciencia.

Buck se aclaró la voz y ensayando una sonrisa preguntó:

—¿Dónde está el oro?

Dick alzó las cejas.

—¿El oro? El oro se encuentra en los estratos sinclinales de las minas rocoso-arenosas. Forma vetas como cinetascintas de plata y generalmente va acompañado de otros metales espurios como la plata, óxido de cobre, estaño y plomo. También afluye a los ríos, donde adquiere la forma de pepitas debido a la rotación de las aguas que lo impulsan a lo largo de la corriente. Existe la pepita gorda, la mediana y el polvo áureo de excelente calidad. Tres por cien es el factor de liga para hacerlo maleable. En cuanto a la fundición y aprovechamiento de escoria...

—¡Maldición! —rugió Buck fuera de sí—. ¡Basta!

Dick se quedó con las cejas altas y la boca ligeramente entreabierta.

—Oh, perdón. Creí que me preguntabas por el oro.

Buck. Whit y Ellery se movieron al compás de la furia que sentían y que hasta entonces habían tratado de disimular.

—Me estoy refiriendo al oro que rescatamos de las huestes de Juárez.

—Infiernos, debías haber empezado por ahí.

—Tú ibas con las barras que se salvaron en la batalla de Ríos Tintos. El viejo comandante te encargó que lo llevaras a determinado sitio. Está claro que el sitio era nuestras bolsas. Es lo único que habremos sacado en limpio de esta guerra de Maximiliano.

Dick se mordisqueó el labio inferior. Sacudió la cabeza.

—Lo siento, muchachos. Devolví el cargamento.

Los tres tipos del portal respingaron a una.

—¿Qué estás diciendo? ¿Lo devolviste...?

Ellery golpeó con el codo a Buck.

—Nos está largando un cuento. Buck. ¿No lo has notado desde hace rato?

La cara de Buck estaba contraída.

—¿Pero dónde está el oro. Dick?

Dick Caldwell resolló.

—Tenéis que creerme, muchachos. El oro pertenecía al pueblo de México. Hice entrega de él a los representantes del nuevo Gobierno.

—En ese caso, recibirías un buen pellizco.
—Sólo querían fusilarme. Pero les di esquinazo gracias a la hija de un coronel que me tiró un cable. ¡Ah, qué muchacha tan caritativa, chicos! Se llamaba Isabelita.
Ellery torció la cara haciendo bailotear las blancas cejas.
—Sí —gruñó—. Oímos decir que una tal Isabelita te escondió en su dormitorio durante tres días.
—Esa muchacha es una heroína, chicos. Se arriesgó lo indecible por un inocente.
—Basta —cortó Buck con sequedad—, ¿Dónde está el oro? Estamos seguros de que lo tienes escondido.
Dick extrajo un papel con sellos oficiales y lo mostró a los tres sujetos.
Ellery era el único que sabía leer y lo arrebató de su mano, recorriendo las líneas con avidez.
—¡Por todos los diablos del infierno, muchacho! ¡Lo que dice este bastardo es cierto! ¡Entregó el oro a aquellos desharrapados!
—¿Contentos, muchachos...? —preguntó muy sonriente Dick.
Buck estaba pálido como un muerto. Sus labios temblaban de furia.
—Todavía no estoy seguro de que no sea un cuento, Dick Caldwell. Pero tenemos muchos medios para saber dónde escondiste el oro si todavía lo tienes en tu poder. Localizaremos a los muchachos que te acompañaban. No nos costará trabajo.
—Bueno, os deseo buena suerte.
—No lo verás. Dick Caldwell.
—Eh, ese tono me suena a melodrama. ¿Qué os pasa, chicos?
Buck enseñó los dientes.
—Vamos a convertirte en un colador, en una piña de regadera.
—Plomo, ¿eh?
—Sí, Dick Caldwell. Plomo en vez de oro. Eso vas a tener.
Dick retrocedió unos pasos.
—Vamos, muchachos, ¿qué ideas son ésas? Yo creo en vuestros buenos sentimientos.
—Al diablo con eso. Dick. No vas a escaparte.
—Todavía me llevaré a alguien por delante.
Buck sonrió tristemente.
—Detrás de ti tienes a Sam, Inges, Bill y Trucky.

Dick ya se había dado cuenta por el rabillo del ojo que cuatro tipos con barba de varios días y aspecto pésimo convergían hacia aquel lugar. Eran los cuatro tipos que le había mencionado Miguel.

Sin embargo, pensó que aún tendría tiempo de arrojarse por una ventana, atravesar los cristales y defenderse desde dentro.

Los cuatro sujetos que habían aparecido por la retaguardia de Dick parecieron adivinar su pensamiento porque se desparramaron en abanico y lo rodearon.

Dick Caldwell pestañeó sopesando la situación.

Era la primera vez que siete fulanos lo cercaban para llenarlo de plomo.

—Bueno, Buck. Creo que no me queda más remedio que deciros dónde está el oro.

Buck respiró aliviado.

—¡Dios santo, qué susto me has dado, Dick! ¿De veras que lo tienes escondido?

—Si, muchachos, a veinte millas de aquí,

Ellery saltó hacia adelante.

—¡No lo creas, Buck! ¡Nos está dando largas porque se ve el toro encima!

—¿Es cierto, Dick? —Buck entornó los párpados—. Te aseguro que si es un cuento para escurrir el bulto, te meteremos unas cuantas balas en la barriga, de modo que tardes un rato en morir. Pongamos seis o siete horas. Es muy malo agonizar cara al sol.

Dick vigiló a los cuatro tipos de regalo y vio que no se habían movido apenas.

Por fin. optó por resolver allí mismo la situación. Se arrojaría por entre los tres fulanos del portal y entraría disparando en el establecimiento. Aquella confusión tal vez le sirviera para escabullirse.

Pero alguien cerró precipitadamente el local pasando una barra por detrás de los batientes.

Dick apretó los maxilares al ver que se esfumaba su única posibilidad.

En eso, Buck tomó la palabra.

—Haremos fuego dentro de cinco segundos si no escupes dónde está el oro. ¡Uno!

—Entonces te quedarás sin saberlo definitivamente, Buck —dijo

Caldwell.

—No, porque tengo aleccionados a los chicos para que te dejen vivir un rato con el vientre lleno de balas. ¡Vaya si hablarás entonces! Pedirás una bala en la sien como el que pide aire dentro del agua. ¡Todos al ombligo, chicos! ¡Ya!

Dick Caldwell tiró del revólver cuando siete manos tiraban de otras tantas armas.

En medio de la confusión se escuchó un silbido.

Era un silbido penetrante que aumentaba a cada fracción de segundo. Parecía llenar todo el pueblo.

Las armas crepitaron en medio del silbido.

Dick Caldwell disparó sin interrupción.

Se arrojó al suelo y pudo esquivar los primeros plomos.

Por parte de Buck, no hubieron más. El hombre se murió al recibir una bala en la nuez de Adán y gritó por el agujero de modo muy raro.

El de las cejas blancas bizqueó al vérselas ahora rojas debido a que un plomo en el entrecejo se las tiñó en el acto.

En cuanto a Ellery, no se pudo saber qué le sucedía pues empezó a bailar como si estuviera muy contento. Rió, cantó y vomitó. Por fin se decidió a pegar con los dientes en un abrevadero y ya no se movió de allí.

Los cuatro tipos que estaban detrás de Dick lo enfocaron por fin con los revólveres y dispararon tratando de emplomar a Caldwell en un fuego cruzado.

Pero el silbido que había empezado unos segundos antes se interrumpió.

Sobrevino una tremenda explosión.

Polvo, cuerpos humanos y miembros sueltos saltaron por el aire.

Dick Caldwell permanecía de bruces y ello le salvó.

Entre el polvo que desfilaba por delante de sus ojos comprendió el significado del silbido.

Era un obús de grueso calibre que acababa de estallar justo a seis yardas.

CAPITULO II

Dick dejó pasar un largo rato.

Se enderezó finalmente con una mano apoyada en el suelo y echó una ojeada a su alrededor.

Lo que vio le hizo necesitar un trago de whisky a toda prisa.

Los siete tipos estaban muertos.

Los que habían quedado peor eran los cuatro de su retaguardia.

El obús los había atrapado de lleno.

Dick escuchó y miró al aire.

Pero el silencio era pesado y penetrante.

Todo el pueblo parecía muerto.

El polvo se fue disgregando lentamente y ello era todo el movimiento que observó Dick a su alrededor.

Se incorporó y sacudióse las ropas.

Luego se dirigió hacia el local de Rosita.

Las puertas estaban todavía cerradas con las traviesas.

Golpeó varias veces, pero los ocupantes del local parecían muertos de miedo porque nadie acudió a su llamada.

De repente, Dick escuchó unos pasos parecidos a un trote desigual y se volvió.

Era Miguel, el mexicano del poncho cochambroso, que se aproximaba renqueando.

Al cerciorarse de que Dick estaba intacto, se santiguó varias veces con los ojos muy abiertos.

—¡Por santa Berenguela, patrona del mal de ojo! ¡Si está vivo...!

—No estoy seguro —Dick lanzó un salivazo rojizo de polvo.

—¡Mi madre! —Miguel lo apuntó con un dedo—. ¡Seguro que usted lleva una bendición de San Benito, el abogado contra las muertes violentas y asechanzas del diablo!

Dick le guiñó un ojo.

—¿Cómo lo has adivinado, pillastre?

—¡No puede ser de otra manera! ¡Dios Santo!

Miguel se hizo cargo de los cadáveres.

Quiso agregar algo más, pero de repente le entraron ganas de vomitar. Adquirió un hermoso color verde.

Se acercó a una columna y despojándose del sombrero, lo hizo con cierta dignidad.

Dick se palmeó el estómago que le pedía urgentemente un trago de licor.

De repente, ocurrió algo que le dejó asombrado.

Sonó una campanada marcando las cuatro y cuarto y se escucharon gritos de júbilo detrás de las paredes.

Puertas y ventanas se abrieron como por arte de magia.

Un par de guitarras comenzaron a rasguear. Incluso se escuchó el taconeo de una mujer dentro de uno de los lugares públicos.

Dick se llevó una mano al cogote y se rascó al tiempo que fruncía el entrecejo. Aquellos tipos eran lo más raro del mundo.

Los habitantes de Rincones empezaron a asomar por todos lados y se dedicaron a tumbarse a la sombra y a empinar el codo.

Sin embargo, la alegría duró poco.

Un tipo bizco se subió sobre un tonel y gritó a los cuatro vientos:

—¡Ahí viene Leopoldo *Rajadura.*

Se produjo una enorme confusión.

La gente comenzó a correr de un lado para otro.

Lo hacían de un modo tan precipitado que Dick observó por un momento el aire por si se escuchaba de nuevo el silbido del obús.

Sin embargo, lo único que se oyó claramente fue el trote de un tropel de caballos.

Dick quedó en el canto de la acera cuando la calle era otra vez un desierto y los vio aparecer por la esquina de la plaza mayor.

Era un grupo de soldados.

Al frente de ellos iba un oficial que gritaba estentóreamente y repartía de vez en cuando unos leñazos con el sable sobre las espaldas de los rezagados.

—¡Despejen la calle ahora mismo! —rugió.

Un viejo galopó a lo largo de la acera. Pero Leopoldo, el oficial, subió allí con el caballo y lo cazó con un golpe sesgado.

—El viejo aulló de terror, mas le hizo una jugada. En vez de colarse por una puerta distante, trepó como una rata por la columna del soportal y desde el tejado enseñó la lengua a Leopoldo *Rajadura*

producíendo un petardeo.

El oficial echó mano a un pistolón y disparó hacia el viejo, pero éste esquivó el plomo, que fue a derribar una pequeña chimenea.

Leopoldo llegó al lugar donde se hallaba Dick Caldwell, envuelto en una espesa nube de polvo.

—¿Qué hace usted ahí en la acera? ¡Vamos, dentro de una vez o lo marco como una res!

—Cálmese, general.

Leopoldo frunció el entrecejo y bajó el sable un tanto impresionado por el aspecto del gringo.

—¿Quién es usted?

—Me llamo Dick Caldwell.

—¿Dick Caldwell, eh? No me gusta.

—Si lo dice por mi cara, se debe a que necesito un buen afeitado.

—¡Maldición! ¡Encima pretende tomarme el pelo!

Leopoldo levantó al mismo tiempo el sable.

Pero la mano de Dick bajó rápidamente la culata del Colt.

El movimiento fue captado por los negros ojos de Leopoldo y el sable se inmovilizó en sus manos.

Dick sonrió.

—Dispense, general. Pero es que soy nuevo en la ciudad.

—¿Sí, eh?

—Acabo de llegar, general.

—¡Sólo comandante, gringo!

—Oh, perdón. Bueno, como le decía, acabo de pisar el polvo de Rincones.

Leopoldo dio un gruñido al repasar los muertos con la mirada y parecieron causarle la misma impresión que un repollo hervido.

Uno de sus jinetes cuchicheó algo a su oído.

Leopoldo sonrió dejando ver una dentadura fuerte, caballuna y muy blanca.

—De modo que querían matarle, ¿eh?

—Bueno —Dick se pasó un dedo por debajo de la nariz—. La verdad es que discutimos un poco.

—Y le ha venido de maravillas que el obús bajara en el momento clave.

—¡Comandante!

—Oh, perdón, comandante. ¿Quiere decirme qué misterio es ese

del obús fantasma?

—No me gustan las preguntas. ¡No me gustan! ¿Lo oye, gringo?

Dick cabeceó tras una ligera pausa.

—De acuerdo, mariscal… digo, comandante. Nada de preguntas.

Leopoldo *Rajadura* sonrió de lado y al volverse del todo hacia Dick, mostró una terrible cicatriz que le cubría la mejilla derecha de arriba abajo,

—Y ahora, lo mejor será que se largue de Rincones y trate de olvidar lo que ha visto por acá, gringo. ¿Entendido?

—De acuerdo, comandante. Tengo una pésima memoria.

—Dé gracias a que salió entero de la bienvenida de sus compatriotas. No es el primer caso de unos gringos piojosos que se reúnen aquí para arreglar cuentas.

—Eso dicen por ahí.

—¡Largo! ¡Vamos, empiece a sacar polvo del camino!

Dick se movió calmosamente.

Leopoldo *Rajadura* tuvo tentaciones de alzar el sable.

Pero otra vez Dick se volvió a medias y bajó la mano a la culata del Colt al tiempo que mostraba una amable sonrisa.

—Gracias por sus atenciones, comandante.

La cara de Leopoldo era una máscara.

—Esfúmese, gringo. Desaparezca.

Dick asintió. Se aproximó al caballo que había quedado en un extremo de la acera. Montó de un salto.

Leopoldo se volvió en su cabalgadura y comenzó a vomitar órdenes para que la calle quedara despejada.

Pero sus esfuerzos eran inútiles porque hacía rato que no se veía un alma, aparte de los soldados que le acompañaban.

Dick siguió cabalgando despacio, calle abajo, y se volvió un par de veces hacia los soldados dirigidos por Rajadura.

Los vio mirar hacia una mole de piedra, una montaña rocosa que se alzaba sobre la ciudad.

Cuando estaba fuera de la calle Mayor. Dick escuchó la voz quejumbrosa de Miguel que le llamaba.

—¡Don Ricardo!

Dick lo miró extrañado hasta que comprendió que Ricardo era el equivalente de Dick en español.

—Hola, Mike.

—¡Por san Procopio, patrón de los juegos de azar! ¡Menuda suerte ha tenido!

—¿Es que me ha tocado alguna rifa, Mike?

El mexicano cerró los ojos y sacudió la cabeza.

—¡Dios Santo! ¿Cómo le quedan todavía restos de buen humor? ¡Ha estado a punto de llevarse un serio disgusto!

—Con el comandante, ¿eh?

—¡Odia a los gringos con toda el alma! Especialmente a los que han sido soldados de aventura.

—Ya voy entendiendo. Miguel.

Dick jugueteó con las riendas.

—Dime. Miguel: ¿De dónde vino ese obús? La guerra ha terminado hace tiempo.

—No sé nada.

—Vamos. Miguel. Debes saber lo que sucede en Rincones.

—Le aseguro que no sé nada de nada.

Dick suspiró y extrajo otros dos dólares.

Los tendió hacia Miguel, quien dio un respingo de alarma.

—¡No!

—Eh, ¿qué te pasa?

Miguel sacó el puño cerrado del bolsillo.

—Por favor, no. No podrá tentarme. ¡No me tiente! ¿Sabe lo que llevo dentro de la mano?

—No.

—Una reliquia de san Ulano, abogado contra las fuertes tentaciones. Conque no se canse. No hablaré.

Dick agregó un par de dólares más.

Miguel empezó a temblar. Y de repente salió por piernas y se perdió con un aullido por las primeras casas.

Dick cabeceó admirativamente al. ver la influencia de la reliquia.

Pero al volver la cabeza se dio cuenta de que la tentación de Miguel había sido vencida por la presencia de los jinetes de Leopoldo que patrullaban por los alrededores.

Dick reanudó el camino dando un rodeo y se apartó de la vista de ellos.

Apenas se hallaba a unas doscientas yardas de distancia, notó un súbito silencio en el pueblo.

Esperó unos instantes con el oído tenso.

De repente se escuchó.

Era un silbido penetrante que aumentaba de volumen.

En un momento dado, el silbido se interrumpió.

Fue seguido de una intensa explosión.

Una nube de polvo, piedras y maderas surgieron hacia el cielo, justo en el centro de Rincones.

Luego siguió un silencio de muerte.

CAPITULO III

El comandante observó los desperfectos del último obús.

El proyectil había caído en el centro de la calle Mayor, a unas cincuenta yardas del anterior.

Esta vez no había habido víctimas. Pero un carromato yacía destripado en el suelo, las ruedas sacadas de los ejes y el armazón desencuadernado.

—¡Retiren esto de la circulación! —ordenó el comandante.

Varios soldados se aprestaron a cumplimentar la orden.

En eso un viejo de unos sesenta años, huesudo y de ojos ratoniles, se acercó danzando al comandante.

—¡Tienen que indemnizarme por esto, señor Caradura!

—¿Cómo? —masculló Leopoldo.

El vejete pestañeó.

—¿No es usted el señor Caradura?

—¡Soy don Leopoldo Martínez Martínez y López López! ¿Lo oye, bastardo gringo?

—Infiernos, dispense usted, don Leopoldo. Pero es que oí decir que tenía un apodo y que le agradaba.

El comandante se acercó mostrando al anciano una sonrisa truculenta.

—Algunos hijos de perra me llaman Rajadura —Volvió la cara para dejar ver la cicatriz— Y cuando los he pillado diciendo eso, ¿sabe adónde han ido?

—Seguro que a la canariera —cacareó el vejete.

—Los que han tenido más suerte sí, viejo gringo. Otros crían margaritas.

—¡Mi madre!

—Ahora dé las gracias a su buena estrella y lárguese de una vez.

—Pero... teniente, tengo que recuperar mis cosas. ¡Me han hecho polvo el carromato!

—¡Váyase de una vez, maldito!

—¡Me han dejado en la ruina, don Leoncio!

—¡Don Leopoldo, estúpido!

El vejete se puso a toser con violencia.

—Perdone, perdón, dispense, don Leo. Pero ahora tendré que hacer mi recorrido a lomos del mulo.

—¡Fuera! —rugió Leopoldo y abatió el sable sobre el viejo.

Este dio un brinco asombroso y la hoja sólo le arrancó el faldón de una derrotada levita.

Desde la acera apuntó con un dedo sarmentoso al oficial y chilló:

—¡Le denunciaré por esto al presidente de los Estados Unidos! ¡Soy un extranjero que goza de la inmunidad…!

Leopoldo lo miró sonriente, con los ojos muy brillantes y lo que hizo no gustó ni pizca al anciano.

Extrajo el revólver y apuntó.

El anciano pegó un fuerte chillido y se arrojó contra una persiana de cañas abriendo un hueco.

Leopoldo enfundó el arma y empezó a rugir órdenes.

Los soldados se movieron aprisa.

Un par de vecinos fueron sorprendidos en plena evacuación y los soldados los obligaron a entrar nuevamente en sus casas con las culatas de los fusiles.

Leopoldo alzó la mirada hacia la montaña rocosa que emergía al fondo de la calle y masculló entre dientes:

—Cuando te pesque, juro que te arrancaré la piel poco a poco, hijo de perra…

Pero tuvo que salir del centro de la calzada cuando se escuchó nuevamente el silbido amenazador.

—¡Cuerpo a tierra! —rugió el oficial.

Y la exclamación fue cortada en seco por una tremenda detonación.

Dos soldados fueron lanzados por los aires. Uno de ellos fue a parar al techo de una casa, milagrosamente intacto. En cambio el otro murió boca abajo después de rodar de un modo extraño, debido a la onda expansiva.

Leopoldo se deshizo en juramentos y maldiciones, echado como estaba debajo del soportal de Casa Ruperto, el herbolario.

Ruperto salió con una humeante taza de hierbas y la ofreció al oficial.

—Beba un poco de esto para el susto, don Leopoldo.

—¡Puerco! —rugió el comandante, y de un manotazo tiró el tazón de manos de Ruperto.

El de las hierbas entró aullando en la casa al ver que don Leopoldo sacaba el revólver.

El orden fue restablecido poco a poco.

Leopoldo mascullaba órdenes a los cuatro vientos y los soldados se movían muy aprisa, retirando lo destrozado por el obús.

Un soldado se acercó al comandante y después de cuadrarse carraspeó: —Mi comandante, un gringo acaba de ofrecerme algo bueno que le servirá de maravilla para Lola.

Leopoldo tenía la cara torcida, pero al conjuro del nombre de Lola puso un gesto cerduno.

—¿Algo bueno para Lola? ¿Qué es?

—Adivínelo, mi comandante.

—¡No estoy para adivinanzas, estúpido!

El soldado retrocedió preventivamente.

—Verá, mi comandante; creo que vale la pena.

—¿Unas medias?

—Un collar.

Los ojos de Leopoldo se achicaron.

—¿Un collar, eh?

—Ahora, cójase bien al sable, mi comandante. Son perlas. Perlas negras.

—¡Maldición, me estás tomando el pelo!

—¿Recuerda algo de aquel magnífico cargamento de China que fue atrapado en el golfo de México? Había un buen montón de perlas negras. Algo maravilloso que dicen que desapareció. Luego han ido asomando por ciertos rincones.

—Ya me va por la cabeza, Ramón. Puede que sea uno de aquellos famosos collares. ¿Dónde está el tipo?

El soldado dio una voz y por el hueco de la persiana rota apareció el viejo gringo dando saltos.

Al verlo. Leopoldo cerró los ojos con fuerza.

—Ese pájaro...

—Véalas, mi comandante —dijo el soldado—. No lo perderá.

El viejo guiñó los ojos y miró al oficial.

—¿Perlas, comandante? Hay perlas. Perlas negras. Vendo perlas.

Leopoldo le hizo acercarse a una de las esquinas del soportal.

—Maldición, como sea un cuento, juro que te pelo como a un conejo.

El anciano alargó el cuello y protestó en un grito:

—¡Le juro que me veo obligado a desprenderme de este tesoro sólo por necesidad! Esa condenada explosión me ha dejado sin un centavo. Dos barriles de licor que se ha bebido el polvo. Todo mí capital.

—Y ahora quieres recuperarte, ¿eh?

—Estoy en la indigencia, don Leo.

Leopoldo escupió de lado.

—Saca las perlas.

El vejete cabeceó y extrajo un collar.

Tendría casi un metro de circunferencia.

—Un collar de tres vueltas, comandante. Mírelo y cáigase de espaldas.

Leopoldo pegó un gruñido peligroso y tomó el collar observándolo con desconfianza.

Se volvió un poco hacia los soldados y gritó:

—¡Pancho!

El llamado Pancho acudió muy aprisa.

—Mande usted, mi comandante.

—Echa un vistazo a esas perlas.

Pancho tomó el collar y lo observó con ojo crítico.

—Muérdelas. Sólo te he llamado porque tienes buena dentadura. Pancho asintió de una cabezada y se llevó el collar a la boca. Mordió una perla.

De repente sonó un chasquido.

El viejo dio un salto atrás.

Leopoldo tragó aire dando un tremendo rugido.

—¡Falsas!

Alargó las manazas para atrapar al anciano.

Pero, en eso, se escuchó la voz quejumbrosa de Pancho.

—¡No, mi comandante! ¡Ha sido mi muela la que ha estallado!

—¿Eh?

—La perla está intacta.

Leopoldo asió el collar y lo miró cuenta por cuenta.

Alzó el rostro hacia el aterrorizado viejo.

—¿Cuánto?

El vejete respiró aliviado y sonrió.

—Para usted sólo dos mil dólares.

La boca de Leopoldo profirió pensativos gruñidos.

—Dos mil dólares, ¿eh?

—La rebajaría un poco si no se tratara de un recuerdo de familia. Era de mi tercera esposa, Liliana. ¡Ah, qué mujer, comandante! Además tenía pasta.

Leopoldo suspiró roncamente y en sus ojos bailó una chispa de travesura.

—De acuerdo, te daré los dos mil dólares.

—¡Usted es un santo, don Cicatrices!

—¿Qué estás diciendo, bastardo gringo?

—¡Oh... perdón! Quería decir... don Leocaca... ¡Don Leopoldo, ya salió!

—No tengo aquí tanto dinero —dijo el comandante, que todavía tenía lucecillas en los ojos.

—Puede darme un anticipo, don Leo. Pongamos cien pavos. Leopoldo gruñó.

Extrajo el dinero y lo puso en manos del viejo, quien apenas se entretuvo en contarlo.

—¡Adiós, don Leónidas!

El viejo gringo corrió a trompicones y trastabilló en la acera a punto de caerse.

Dio con los huesos en el suelo un poco más allá y se hizo un lio para ponerse en pie.

Leopoldo *Rajadura* hizo una señal a un par de soldados, quienes entendieron perfectamente al verle mover el dedo índice. Quería decir que le dieran jarabe de plomo al vejete y que le sacaran los cien pavos, antes de que se alejara demasiado.

El anciano consiguió encauzarse en el camino y fue a correr.

Pero entonces tropezó con un cuerpo humano, sólido como un muro.

Se vino abajo nuevamente y sentado en el suelo abrió los ojos de par en par al ver a la persona que había atropellado.

—¡Dick! ¡Dick Caldwell!

Dick entornó los párpados mientras esbozaba una sonrisa.

—Infiernos, si es Jonathan Ponte, el hombre de los mil negocios.

—¡Hijo mío, dichosos los ojos que te ven!

Dick y Jonathan se dieron de palmadas en los hombros aliviándose de una espesa capa de polvo.

El vejete reía de felicidad.

—Muchacho, no sabes las veces que he estado pensando en ti.

—Lo mismo me ha pasado a mi, Jonathan. Creí que estabas muerto.

—Demonios, no digas eso, pequeño. Lo mismo me dijeron de ti. Oí contar a ciertos tipos varias versiones de tu muerte. Pero te juro que en el fondo no creí una sola palabra.

Leopoldo *Rajadura* estaba de muestra observando a los dos hombres. Aquella amistad no le hacía la menor gracia.

Se acercó beligerante.

—¿De qué se conocen ustedes...? —preguntó secamente.

Jonathan tragó saliva y sonrió.

—Mi amigo Dick y yo hemos corrido muchas veces juntos. Primero luchamos con Maximiliano porque pagaba a dos dólares jornada de lucha, incluido cama y todo. Pero más tarde nos pasamos a las filas de Juárez porque el gran tipo aumentó medio dólar más y la cama no era tan dura...

—¡Basta!

—Oh, basta —cabeceó el viejo.

Dick suspiró.

—Jonathan dice la verdad, comandante. Pero lo cierto es que nos pasamos al bando de Juárez porque nos pareció más noble, más patriótico.

Leopoldo los observó con un ojo entrecerrado.

—Ustedes dos me gustan menos que un par de arenques putrefactos.

—Vamos, comandante —sonrió Dick—. Apuesto a que en el fondo le somos simpáticos.

—Además —Jonathan le guiñó un ojo—, el comandante me acaba de comprar un obsequio para su pajarita.

—¿Qué es eso de pajarita? —masculló Leopoldo—. Se trata de mi sobrina.

—Ya —asintió Jonathan—. Y usted es su tío.

—¡Basta!

—Es que yo...

—¡A callar!

Jonathan dio varias cabezadas con los labios pegados y entonces Dick dijo:

—Bueno, vamos a celebrar el encuentro, abuelo. ¿Qué tal unos vasos?

—¡Ajá! —gritó alegremente el anciano.

Echó a correr.

Dick lo siguió sacudiendo la cabeza y saludó al comandante.

Este correspondió distraídamente al saludo llevándose la mano a la frente.

Pero de pronto apuntó con el sable a Caldwell y gritó:

—¿Qué está usted haciendo en Rincones? ¡Le dije que se marchara inmediatamente!

—Iba a hacerlo cuando vi en apuros a Jonathan. Ahora ¡remos los dos juntos.

Leopoldo fue a rugir algo. Pero se acordó de los soldados que tenía aleccionados y optó finalmente por pegar una dentellada al aire y largarse calle arriba.

Dick lo siguió con la mirada, sonrió y le hizo un saludo burlesco, colándose después en el local de bebidas.

CAPITULO IV

Cuando Dick entró en el local, movió la cabeza hacia varios lados, pero no pudo ver al viejo Jonathan.

Un mexicano de cara muy ancha se le acercó sonriendo.

—Seguro que busca al gringo de la coronilla pelada.

—Seguro, amigo.

—Acaba de salir por la puerta trasera. Parece que llevaba prisa.

Dick gruñó las gracias y el mexicano observó la mano vacía con desencanto porque esperaba una propina.

La puerta de escape daba a una especie de patio lleno de desperdicios.

Cuando Dick abrió, encontró al viejo tratando de trepar por una pared demasiado lisa y alta para su edad.

—¿Qué haces ahí. Jonathan?

El viejo respingó de temor, pero al ver que se trataba de su amigo Dick, tragó saliva y respiró aliviado.

—Demonios, no te habrás creído que nos íbamos a entretener en este lugarejo sólo para tomar un trago.

—Estás en dificultades, ¿eh?

—Se trata del collar.

Dick arrugó el gesto.

—Claro, es falso. ¿Cuánto?

—¿Te refieres a lo que le saqué al bastardo de Cara Rajada?

—Exacto.

El viejo se aflojó el cuello de la camisa.

—Cien pavos. Te juro que sólo fueron cien pavos. Le pedí dos mil, pero vi algo en su mirada que no me gustó nada. Algo así como si estuviera tomando medidas para mi ataúd.

—Ya.

—Conque opté por tomarle la cantidad a cuenta. Generalmente sólo saco en limpio lo que me dan de entrada. Nunca suelo arriesgarme a cobrar la totalidad. Abren los ojos antes.

—Bolas de cuarzo de Amarillo, ¿eh?

—Pero parecen auténticas perlas negras, muchacho. ¡Ha sido el gran filón de esta temporada! Lástima que las cosas marcharan mal. Fui asaltado un par de veces. Tuve que abandonar mercancías otras tantas. Y ahora, por si faltaba poco, me han reventado un par de barriles del mejor whisky con ese condenado petardo venido de los aires. Bueno, hijo mío, abur. Nos veremos en el Canadá.

La mano férrea de Dick asió al vejete por el hombro.

—Un momento, Jonathan.

—¿Qué momento ni qué diablos? En cuanto el Cara Rajada se dé cuenta del timo, dará órdenes acerca de mi esqueleto.

—Esperemos que tarde un poco.

—Eso espero, muchacho. Lo suficiente para estar al lado de nuestro país. Pongamos unas trescientas millas.

—Estás nervioso. Eso es lo que te pasa, Jonathan.

—Suéltame. Necesito trepar por aquí.

Dick se masajeó el mentón.

—He pensado que deberíamos salir los dos juntos de este lugar.

—Malo. Me huelo que traes algo entre manos y no es nada de mi agrado.

—En primer lugar, quisiera saber quién es el tipo que larga los obuses.

—¿Para qué demonios quieres saberlo? La vida me ha enseñado a no meter las narices en lo que no me importa. Estas buenas gentes quieren cerrar la tapadera sobre el asunto y no veo nada malo que se cosan los picos. Echame una mano para salir por aquí. Dick.

Pero en aquel instante se oyó el patrulleo de los soldados justo por detrás del muro.

Dick prestó atención.

El anciano Jonathan comenzó a bailotear presa del nerviosismo.

—Mi madre, ya estoy rodeado.

—No, abuelo. Lo que pasa es que esta gente está con los ojos muy abiertos. Dará los rodeos necesarios por el pueblo y todo es por causa del sujeto que los bombardea.

Dick hizo una señal al viejo y éste compuso una mueca amarga y se dispuso a seguirle al interior del local de bebidas.

Se acodaron en el mostrador aprovechando un numeroso grupo que abrevaba para reponerse de los sustos de los obuses.

Uno de ellos volvióse a medias y dio un respingo ocultando la cara en el mugriento poncho.

Dick le palmeó la espalda.

—¡Miguel!

El mexicano lanzó un lamento.

—¡Dios mío! ¿Por qué habrá gente empeñada en buscarse líos?

—Me está gustando esta pacífica ciudad, muchacho.

Miguel se largó una ración de tequila al cuerpo y en vez de utilizar la sal para adobarla, la arrojó por detrás del lomo para invocar la buena suerte.

—¿Por qué no me deja en paz, don Ricardo?

—Háblame del obús.

Miguel escondió la cabeza entre los hombros, dando un quejido.

Señaló a un tipo que hablaba por señas allá en un rincón.

—¿Ve a aquel Pancho?

—No estoy ciego.

—Pues bien, el muchacho hablaba con la misma claridad que usted o yo. Pero Cara Rajada lo pescó haciendo comentarios sobre el tipo del cañón. ¡Oh, ya estoy hablando demasiado…!

—¿Qué le pasó al chico?

Miguel tragó saliva.

—Se quedó sin lengua. Se la dejó en el cuartel.

Dick apretó las mandíbulas. Desde hacía tiempo, Leopoldo no le gustaba nada. Ahora todavía menos. Tenía aspecto de cruel y lo era.

—Bien, Miguel, hablaremos en el momento adecuado.

Miguel bajó la voz.

—Es posible que don Leopoldo tenga espías entre esta gente. A veces mete soldados disfrazados para averiguar lo que le conviene.

Dick lanzó una ojeada a la abigarrada multitud que ahora se \ oleaba materialmente sobre el mostrador.

Algunos parecían observarlo con disimulo. O tal vez la curiosidad mal disimulada les hacía torcer la vista.

Jonathan estaba convertido en granito y cuando Dick le puso la mano en el hombro, dejó escapar un alarido de angustia al pillarle desprevenido.

Dick lo sacudió.

—Vuelve en ti, abuelo.

—¡Infiernos, no se me va de la cabeza lo de la lengua de Pancho!

¿Te figuras lo que el Rajadura hará conmigo si…?

—Calma. Jonathan. En peligros mayores nos hemos visto.

El viejo ahogó sus temores con una rociada de buen whisky.

Dick acabó de redondear una ocurrencia que había tenido y dejó de pellizcarse el entrecejo.

—Tengo una idea, abuelo.

—Ya estoy tocando madera, muchacho —galleó Jonathan.

—Tranquilízate. Todo se reduce a que esperemos la noche. Unas cuantas horas más y saldremos de aquí por el lado donde suenan los cañonazos.

—¡Sabía que no se te iba eso de la cabeza!

—Vamos, no costará nada largar un vistazo al misterio de la montaña. Por lo menos, lo veremos desde más cerca.

—No.

—Sí, Jonathan. Ahora busca un escondrijo y más tarde nos pondremos en contacto.

Miguel asió del brazo al anciano.

—Yo me encargo de meterlo en un excusado de doble fondo que me sirvió para burlar a las fuerzas de Maximiliano cuando hicieron el avance hace tres veranos. Es un buen agujero.

Miguel y el anciano se apartaron del mostrador a trompicones, enlazados por los hombros. Pero Jonathan todavía tuvo el instinto despierto para alargar una zarpa y apoderarse de la botella de whisky.

Cuando Dick quedó solo, escuchó el claro sonido de una bofetada que se sobrepuso a los comentarios a voz en grito.

Volvióse y vio a una mexicana que se rascaba la mano. Había propinado el castigo a un tipo con ojos sesgados que se frotaba la cara donde recibió la bofetada.

El y ella se miraron echando fuego.

La chica debía de ser Rosita. La dueña del local.

El mexicano juró algo espantoso y gritó:

—¡Maldita seas! ¡Vas a acordarte de mí para siempre…!

Y sacó una navaja.

Rosita aún tuvo arrestos para escupir hacia el tipo.

Este hizo un claro y se dispuso a operar a la mujer.

—¡Te voy a rajar como don Leopoldo!

Se lanzó hacia ella como una res.

Rosita gritó llevándose las manos a la cara.

En eso, el mexicano tropezó con la bota de Dick.

Se vino al suelo hecho una bola.

Pero como si tuviera resortes en los miembros, saltó y se colocó en pie como un muñeco.

—Bastardo gringo, entrometido... ¡Voy a empezar por ti!

Dick chascó la lengua con pesar y bebió el whisky que le quedaba en el vaso.

En aquel momento, el mexicano de los ojos sesgados se le vino encima.

Dick se hizo a un lado, pero no lo dejó pasar muy lejos porque lo asió de la muñeca armada.

Se agachó, colocó el hombro debajo del sobaco del tipo e impulsó con fuerza.

El mexicano aulló.

Pero era tarde.

Ya estaba en el aire como un pájaro.

Lo malo fue que intentó batir los brazos.

Como no tenía alas, no le sirvió de nada.

Surcó el aire como un fardo.

Acertó la puerta de salida, pero se llevó consigo el travesaño superior en medio de un enorme estruendo.

Muchos oídos escucharon el chapoteo del agua y se dedujo que había llegado al abrevadero del otro lado de la calle.

Los clientes del local prorrumpieron en aplausos después de los primeros segundos de impresión.

Rosita tenía el rostro radiante y corrió hacia el joven, abrió los brazos y lo apretó con fuerza.

También lo besó largamente.

Dick volvió a respirar medio minuto después.

—Eso se avisa, preciosa. Estaba desprevenido.

Ella pestañeó sonriente.

—Tengo arriba un jarabe que le reanimará en un periquete, gringo valentón.

Dick asintió y la siguió por unas escaleras.

Aquello parecía un laberinto porque después de varias revueltas y rellanos de una escalera formando extraño caracol, se vio en un departamento bien cuidado.

—Póngase cómodo, amigo —dijo Rosita.

Rosita trasteó un rato y poco después salió vestida de verdad, hecha un verdadero bombón. Tenía las piernas largas, la cara chatilla y unos ojos que hablaban. También tenía curvas. Muy buenas.

De pronto formó una «o» con los labios y se palmeó la frente.

—¡Se me olvidó el jarabe! ¡Perdóname, gringuito!

Dick no dijo nada.

Rosita se hallaba nuevamente dentro del cuarto.

Dio un corto gemido y dijo:

—No puedo sacar el tapón del frasco... Ayúdame...

Dick suspiró y se despojó del pañuelo que llevaba al cuello.

Traspuso la puerta sin hacer filosofías. Unicamente sabía que necesitaba algún jarabe. Pero Rosita estaba mintiendo como un demonio.

Un rato después, las voces de los borrachos sonaron abajo.

También se callaron porque se escuchó el diabólico silbido.

Un silbido penetrante, en aumento.

Sonó una tremenda explosión.

Pero ni Rosita ni Dick se enteraron de nada.

Absolutamente de nada.

CAPITULO V

Leopoldo sonrió al tiempo que daba tres vueltas al cuello de la linda muchacha con el collar que le había vendido el gringo llamado Jonathan Ponte.

Ella era una morenita de veinticinco años, busto erguido y abundante, cintura muy estrecha y rostro de pómulos salientes que se marcaban con gracia.

—¿Puedo abrir los ojos, tío?

Leopoldo la besó en la nuca.

—Puedes, sobrinita.

Lola abrió los ojos y se contempló en el espejo.

Lanzó una exclamación de asombro.

—¡Es lo más rechulo que he visto en mi vida!

Leopoldo soltó una risotada.

—¿Te gusta. Lolita?

Ella se volvió y lo enlazó por el cuello, tan grueso como el de una res.

—¡Ay. tío!

Leopoldo la besó en la oreja.

—Todo lo mejor para ti, Lolita. Todo.

—¡Gracias, tío! ¡Te lo pagaré con mis mejores cariños!

—Infiernos, si no fuera porque tengo tanta prisa...

—Por favor —dijo Lolita muy mimosa—, tienes que quedarte.

—Lo siento, Loli. Pero me es imposible. Ya sabes que la situación está que arde...

Ella dio una patadita en el suelo y puso un gesto deliciosamente enfurruñado.

—Todo por culpa de ese loco del cañón.

—Calla, Lolita...

—Ahora estamos solos...

Los ojos de Leopoldo echaron fuego.

—Ese bastardo... ¡Tengo que despellejarlo vivo!

—¡Por favor, tío! ¡Me das miedo!

Leopoldo se puso a hacerle carantoñas. Le arreó un pellizco y Lolita gritó. Pero acabó por reír cantarinamente.

Leopoldo lanzó otra maldición y escupió de lado.

—Volveré a la noche.

—;Tengo pollo al vino, tiíto! ¡A las ocho y media!

La sola mención del manjar hizo que Leopoldo resollara con fuerza.

Abrazó a Lolita y sintióse hombre al agua.

Pero su férrea voluntad de militar se sobrepuso a sus instintos y se desprendió de la chica, que se estaba poniendo melosa de veras

Leopoldo casi huyó hacia la puerta.

Le tiró desde allí un sonoro beso que Lolita simuló atrapar por el aire y guardar en el escote, todo riendo.

Cuando Lolita se quedó sola, volvióse otra vez hacia el espejo y su rostro se quedó entre serio y coquetuelo.

—¡Puerco idiota…!

En eso, el armario ropero que estaba detrás de ella se abrió sigilosamente.

Apareció un tipo alto, rubio, de ojos verdes y fuerte constitución, que saltó mientras trataba de desenredarse una prenda femenina con encajes.

—Eso de puerco no irá por mi, ¿eh, muñeca?

—Calla, tonto.

El rubio cerró el armario y frotóse la pierna izquierda porque se le había dormido al estar dentro del mueble totalmente encogido.

—Ya tienes agallas, nena. ¿Te figuras lo que hubiera pasado de haber aceptado tu tío la invitación?

—Sabía que no se quedaría —Lolita se volvió hacia el gringo rubio y abanicó los ojos.

—Sabes mucho, muñeca… ¿De veras es tu tío?

Ella abrió mucho los ojos.

—Pues claro. Es primo segundo del hermanastro del sobrino de mi madrina, la que está casada con el padre de la ahijada de mi tía…

El rubio sacudió la cabeza.

—Me rindo, pequeña.

—Cuidado que eres tonto —le dio un beso en la comisura de la boca.

El rubio se ajustó el sombrero que todavía conservaba sobre la frente.

—¿Sabes, nena? Ya se me está haciendo la boca agua. Desde que nos hemos conocido, sólo hemos llegado a los preliminares y es hora de que tú y yo hablemos del pasado.

—Sí. Henry. Ya estoy harta de interrupciones.

—Desde que me colé por tu ventana, no hemos estado solos ni cinco minutos.

Ella se ahuecó el cabello.

—Bueno, ya estamos «vis a vis», como dicen los soldados franceses de Maximiliano.

El rubio alargó los brazos, sabiendo justo dónde tenía que poner las manos porque desde hacía rato había trazado esquemas mentales de la configuración de Lola.

Lolita se puso melosa y de repente echó a correr a lo largo de la habitación.

—A que no me pillas.

Henry emitió un corto mugido, ya sin control.

Comenzó a correr detrás de Lolita.

Ella se escudaba detrás de los muebles y desde allí se le reía en las narices. Era muy ágil.

Henry se fue de cabeza al tropezar con la alfombra.

Se incorporó entre lamentos y se rascó el cogote.

Sin embargo, todo era pura comedía, porque cuando Lolita se confió un poco, él la tiró un zarpazo.

Ella lo esquivó de milagro.

Pero los dedos como garfios de Henry se enredaron en el collar. Se partió y cayeron algunas perlas al suelo.

Lolita maldijo en español.

—¡Lo has roto!

Henry pestañeó.

—Eso lo arreglo en seguida. Dame un hilo.

—¡El regalo de mi tío! ¡Perlas negras!

—¿De qué, bombón? Es cuarzo del barato.

Lolita le pegó en la boca.

—¿Qué estás diciendo, desgraciado?

—Eh, nena, sin insultar. Te digo sólo la verdad. Estos collares los vendía un viejales que era un lince, allá por Sonora. Los colocaba

entre los oficiales y ricachones. Es cuarzo pulido a conciencia. —No.

—Te lo puedo jurar, nena. El tipo se llama Jonathan Ponte.

—¡Ese es el nombre que dijo mi tío Leopoldo!

Henry abrió los ojos.

Tomó el collar y después de examinarlo un poco estalló en una carcajada.

Primero se tronchó por la cintura. Luego se puso las manos detrás para evitar una desviación de riñón debido a la hilaridad, y finalmente se llevó los dedos a los ojos para quitarse las lágrimas. Lolita se puso furiosa.

—¿De qué te ríes, bastardo?

—¡El viejo Jonathan se la ha pegado a Leopoldito el *Rajadura!*

Reanudó las carcajadas, que tuvieron por resultado aumentar la cólera de la fogosa muchacha.

De repente, ella asió un cordón que colgaba del techo y comenzó a pegar campanillazos.

La puerta se abrió y apareció una criada de largas trenzas.

—¿Qué desea la señorita? —dijo. Y se comió al rubio con los ojos.

—Avisa a mi tío para que venga inmediatamente.

El rubio estaba riendo a mandíbula batiente, pero de pronto comprendió las palabras de la chica y lanzó un maullido.

—¡No!

—¿No qué?

—¡No puedes volver a llamar al cerdo de tu tío, preciosa.

Ella sonrió siniestramente.

—Tendrás que volver al armario.

—¡No! ¡No, infiernos!

Pero Lolita lo empujó con fuerza y lo obligó a entrar a trompicones.

Cuando acabó de encerrar al rubio, éste se deshacía en protestas ahogadas.

Lolita siguió sonriendo y dijo burlona:

—Volverás a salir cuando mi tío fusile a ese viejo vivales y a su acompañante, otro gringo listo llamado Dick Caldwell.

Dentro del armario se hizo un silencio.

De repente. Henry gritó a voz en cuello:

—¿Has dicho Dick Caldwell? ¡Sácame de aquí, Lolita!

Pero la muchacha le dio un par de vueltas a la llave y lo despidió con un sonoro beso al aire.

Cuando salió, Henry se entretuvo en forcejear desde dentro.

Unos minutos más tarde, pudo desmontar la cerradura, que no resultó tan difícil como el cerrojo automático de la prisión de Abilene el día que se fugó.

Por fin saltó fuera del armario. Miró a ambos lados y corrió hacia un cuarto interior que daba a una ventana trasera.

Silbó un par de veces hacia una esquina de un callejón.

Esperó contando las pulsaciones de sus sienes.

De repente, por la esquina asomó un rostro cubierto con barro de varios días. Era un rostro de ojos muy juntos como perdigones.

Detrás del rostro apareció un cuerpo de brazos largos, cubierto con una ropa miserable.

Henry hizo señas urgentes con la mano y el tipo astroso se aproximó de puntillas.

Entonces Henry bajó la voz y dijo en nervioso susurro:

—Avisa a los muchachos. Tal como suponía, el bastardo de Dick Caldwell está en este poblacho. ¡Vamos, date prisa, estúpido!

El tipo de los ojos juntos sonrió siniestramente y se alejó poco a poco acariciando el Colt que le colgaba al costado.

CAPITULO VI

Dick Caldwell estaba delante del espejo mientras acababa de afeitarse y silbaba una alegre melodía porque se encontraba maravillosamente bien, después del descanso y un par de duchas que lo habían dejado como nuevo.

Cuando acabó de ablucionarse para limpiar de jabón el rostro, se asomó al departamento vecino.

No vio a Rosita y supuso que estaría atendiendo al negocio.

Pero al escuchar un pequeño rumor detrás del biombo del rincón, fue asaltado por las dudas y frunció el entrecejo.

—¿Estás ahí. Rosita?

Nadie respondió.

Sus palabras habían resonado en la amplia estancia como si estuviera alguien más allí dentro.

Silbó otra vez con más fuerza y mientras se peinaba se aproximó por un lado del biombo.

De repente lo derribó, ya sacando el revólver porque temía algo peligroso, y atropelló a alguien que estaba escondido.

En la embestida, sonó el chasquido de la gotera de la cortina, en contrapunto con un gritito agudo.

La cortina cayó sobre Dick y la persona que había gritado y ahora se vieron enzarzados en un forcejeo entre gemidos.

Las manos de Dick recorrieron una configuración femenina que no pertenecía a Rosita y lanzó un respingo porque se encontró con una cintura de la mejor calidad.

Apartó la cortina de sobre la desconocida mujer y se quedó de muestra.

Una joven de unos veintidós años, morena, de ojos grandes y maravilloso cuerpo, lo miraba con un atisbo de temor en las pupilas.

Debido a la caída, ella mostraba más arriba de los tobillos y se apresuró a cubrirlos a la vista del hombre, quien, no obstante, tuvo suficiente tiempo para jurarse que no había visto remos más finos en

su vida.

—Infiernos, ¿qué es esto? ¿Regalo de la casa?

La joven tragó saliva y procuró recuperar el habla.

—Baje la voz, por favor.

—Ya entiendo —Dick se agachó hablando en un susurro—. Rosita la envía para que no me encuentre muy solo mientras atiende el negocio.

—Yo...

—¿Eres de las vergonzosas?

La chica se incorporó sacudiendo la cabeza. Miró hacia la puerta con temor y dijo:

—¿Qué habla usted? No me envía ninguna Rosita.

—¿No? Ahora lo entiendo menos.

La joven hizo un gesto de paciencia.

—No grite, por favor. Me estoy escondiendo.

—Esto se pone interesante.

—Tiene que esperar un poco y luego me marcharé.

—¿De quién huye?

La joven se humedeció los bien moldeados labios.

—Me buscan los soldados del comandante.

—Vaya.

—De repente me encontré en un callejón y vi una escalera de mano. Conque la apoyé en la ventana y me colé aquí. No podía optar por otra cosa.

Dick carraspeó.

—Y... ¿desde cuándo está aquí?

—Entré cuando empezó a afeitarse.

—Sí. Aquel ruido que achaqué a un ratón.

—¿Quiere ayudarme?

Dick estaba pendiente de los encantos de la muchacha.

—Bueno, puedo ayudarla. Usted tiene mucha necesidad de ella

—No me venga ahora con agudezas. ¿No se da cuenta de que estoy en un apuro?

—¿Qué ha hecho? ¿Robó algo?

—Oiga, no se ponga preguntón. ¿Quiere ayudarme o no?

—Bueno.

—Tengo que salir de aquí sea como sea. Es posible que los soldados estén sacando conclusiones y tropiecen de pronto con la

escalera de mano en el callejón.

—¿Qué piensa hacer?

—¿Ve esa claraboya del techo?

—Parece muy estrecha para dejarla pasar a usted.

—Me las ingeniaré para colarme por ahí. Da a un desván que por el otro lado tiene una salida. Desde allí volaré en cuanto toda esté más tranquilo.

—Necesitaremos una escalera, pequeña. A propósito, ¿cómo se llama usted?

—Ellie Weston.

—Me llamo Dick Caldwell.

Ella hizo una mueca.

—Ya oí a esa... Rosita llamarle por su nombre.

—Conque llegó aquí cuando yo me afeitaba, ¿eh?

—¡Déjeme de preguntas! ¿Me ayuda a escapar o no...?

—Yo la ayudaría a cualquier cosa, aunque fuese lo último que hiciera en este mundo.

—Déjese de requiebros. Manos a la mesa. Y también una silla. Dick atrapó la mesa. La colocó debajo de la claraboya.

Luego escogió un sillón de patas altas y lo puso arriba de la mesa. Señaló con un ademán el conjunto.

—Suba a la carroza, majestad.

—Supongo que aguantará.

—Si se cae, buenas manos la acogerán aquí abajo.

—¿Es que no puede dejar de pensar un momento con... eso?

—Dispense, fugitiva.

—Ande, ayúdeme de una vez y no diga tonterías, calamidad. Déme la mano.

—Sería mejor que la tomara por la cintura. Pero usted se figurará que quiero sacar partido de la situación.

Ellie apretó los labios.

—De acuerdo, ayúdeme por la cintura.

Dick la elevó por el lugar adecuado.

Casi podía abarcarla con las dos manos y ello estuvo a punto de hacer perder a Dick la ecuanimidad.

Trepó a la mesa, y a partir de entonces se dedicó con empeño a meter por la claraboya a Ellie.

La chica tuvo mucha dificultad con ciertas curvas, pero por fin

salió victoriosa. Se coló en el desván del piso de arriba.

Asomó su bello rostro por el agujero del techo y miró a Dick.

—Gracias de todo, señor Caldwell. A pesar de que en la última etapa ha simulado torpeza de movimientos, tengo que darle las gracias por el apuro.

—¡Espere y la acompañaré en el desván!

—Nones —dijo Ellie.

—¡Pero pueden haber ratones!

—Yo siempre me he reído de ellos. Hay cosas más peligrosas. ¡Abur, manos largas!

Dick tuvo que retirar a toda prisa las manos del hueco para que la portezuela no le pillara los dedos.

Escuchó el pasador y después el deslizar de un pesado objeto para trabar la entrada.

Unos segundos después, los pasos de la bella Ellie se perdieron por el techo.

Dick se dejó caer en un diván y permaneció mucho tiempo mirando la claraboya.

Estaba seguro de que la joven que había desaparecido por allí, la bella fugitiva, era la más estupenda mujer que había conocido en su vida.

* * *

—¡Ellie Weston! —rugió Leopoldo *Rajadura* y los ecos del rugido se perdieron por el amplio patio del cuartel.

Ramón, el cabo, asintió.

—Sí, mi comandante, Ellie Weston. Esa es la mujer que iba con estos desharrapados.

El comandante se volvió hacia la hilera de tipos que estaban apoyados en el paredón del patio.

Los gruesos labios de Leopoldo se entreabrieron y los dientes caballunos y blancos mostraron una sonrisa llena de crueldad

Los cinco tipos eran mexicanos. El sexto del grupo era un gringo disfrazado de mexicano con bastante desacierto. Tenía los ojos demasiado claros y el rostro pecoso y rojizo.

Los seis temblaron, ostensiblemente, cuando Leopoldo los envolvió con la truculenta mirada.

—Ramón —dijo el comandante—, estos tipos ya no me sirven de nada.

Ramón sonrió beatíficamente.

—Entonces, ¿les damos tomate, comandante?

—Será mejor hacerlo ahora porque después saldrán con que tienen hambre.

—Ahorita mismo formo el pelotón de ejecución, mi comandanta

—Espera —Leopoldo sonrió al tiempo que sacudía la cabeza divertido—. No molestes a los chicos ahora que están pelando las patatas para la cena.

—¿Lo quiere hacer usted mismo, mi comandante…? —alzó las cejas Ramón.

—Eso me abre el apetito.

Uno de los sentenciados, un sujeto regordete, con rostro descarado, enseñó la mellada dentadura y gimió:

—Por favor, don Leopoldo, nada de balas al ombligo. Quiero morir aprisita.

Leopoldo chascó la dentadura.

—Las balas en el ombligo son para los que tienen que soltar la lengua. Vosotros ya habéis hablado como los ángeles.

El mexicano del rostro descarado se desprendió del sombrero.

—Llévele este sombrero a mi vieja. Vive en Saludes. Me lo regaló ella y no quiero que se estropee con el agujero.

Un viejo quiso hacer su petición, pero después de balbucir varias veces, sentóse en el suelo y se puso a rezar entre golpes de tos.

El del rostro descarado tiró el sombrero y gritó:

—¡Viva el puerco de Rajadura!

El comandante sacó prestamente el revólver y gatillo rabiosamente, mientras los demás coreaban un fuerte «¡Viva!»

El carota sabía que le dedicaba una bala al ombligo y se agachó cuando le tocaba el turno, recibiendo muy a gusto el plomo en la cresta.

Cuando el gatillo impulsado por el comandante golpeó en el vacio, los seis tipos habían muerto y estaban apilados unos sobre otros.

Ramón carraspeó rompiendo el silencio.

—Bueno, comandante. Asunto zanjado.

Leopoldo anduvo pensativo por el siniestro patio.

—Todavía no.

—En cuanto encontremos a la gringa llamada Ellie Weston, el asunto del oro quedará claro. ¿No cree, comandante?

—Ya tengo ganas de echarme a la cara a esa gringuita. Ramón.

—Yo la vi de refilón y le juro que además de espía es una perita en dulce.

—Las espías siempre están tremendas —rió Leopoldo—. Ya la apañaremos bien en cuanto le pongamos la mano encima.

—Y además aclararemos muchas cosas, mi comandante. Esas barras de oro no deben haberse perdido para todos.

El comandante se frotó las manos al tiempo que ordenaba los tumultuosos pensamientos. Habló como si hiciera un resumen de los sucesos.

—El oro desapareció de la mansión de don Timoteo Baquedano. poco antes de que el pueblo fuera asaltado por las huestes de nuestro gran Juárez. Se hallaba depositado allí para pago de las armas que los militares del gobernador esperaban desde los Estados Unidos. ¿Y qué pasó?

Ramón guardó silencio porque sabía que el comandante se estaba preguntando a sí mismo.

El comandante prosiguió, lanzando un salivazo hacia los seis fiambres.

—Apenas llegan los soldados, revuelven la casa y sólo encuentran un manojo de cañerías de plomo en vez de las famosas barras. ¿No es para tirarse de los pelos? No ha servido de nada que se hayan rastreado los posibles recorridos del oro. Teníamos varias pistas y todas resultaron un fiasco. Lo único tangible era este grupo de seis pájaros dirigidos por la bella Ellie Weston. Bueno, ya les hemos pasaportado y ahora sólo falta la gringa para completar el lote. En cuanto cante bien entonada, le haremos una cosa fea con el cuello por ejemplo retorcérselo. Pero nos dirá lo que sepa del oro. Ella y los piojosos éstos fueron los últimos que salieron evacuados de la mansión de don Timoteo Baquedano. Algo guardará la gringa bajo la manta.

—Lo curioso, comandante, es que el gringo Caldwell haya aparecido también por aquí pegándose tiros con aquellos tipos y hablando de oro.

Leopoldo sonrió complacido.

—Le daremos largas al tipo. Cuerda. Hay que ver adónde llega con sus misteriosas andanzas en esta ciudad.

—Yo le habría metido un plomo en el ombligo, comandante. Así habríamos sabido a qué atenernos. Estoy seguro de que está en el ajo.

Leopoldo miró fijamente a Ramón.

—Tienes que colocarte dentro de la cacerola una sola idea, Ramón. Si el gringo Caldwell tuviera el oro a mano, no estaría por estos andurriales. Para mí es que huele el metal como tantos otros. Pero ya llegará el momento de cortarles las manos cuando alarguen los dedos.

—Si llegan a encontrarlo, mi comandante —suspiró Ramón—. Y para acabarlo de arreglar, tenemos ese condenado problema del loco del cañón. Ya sabe lo que pienso acerca de ello.

—No vuelvas a las andadas, Ramón. El tipo es un loco armado con un cañón y nada más. No sé cómo pudo refugiarse en esa montaña para darnos quebraderos de cabeza.

—Pero es mucha casualidad que el loco del cañón empiece a zambombazo limpio desde ahí arriba en cuanto el asunto de las barras de oro se está cociendo por estos andurriales.

—Eres muy suspicaz, muchacho.

—Insisto en que ha de tener todo alguna relación.

—Pura y simple casualidad, Ramoncito. La vida está llena de coincidencias.

Ramón arrugó el rostro sumiéndose en cavilaciones.

El comandante sacó el reloj y le echó una ojeada.

—A propósito del guerrillero loco, ya es la hora para que suelte su pildorazo.

—«La Hora de la Muerte», le han puesto en el pueblo.

—Menos mal que no hace mucho daño.

—En cualquier momento se le ocurrirá pegarle a las casas y tendremos una carnicería por todo lo alto. Yo de usted permitiría la evacuación.

—No tirará contra las casas. Ya lo verás. Es sólo un loco bromista.

Leopoldo acabó sus palabras con una risotada.

De repente se escuchó una lejana detonación y seguidamente el silbido.

—Ahí viene, comandante —Ramón alzó la cabeza.

El silbido se hizo más audible.

Cobró una sonoridad extraña.

Ramón aulló de terror.

—¡Viene hacia aquí, comandante!

—¡Qué va…!

Pero una tremenda explosión sacudió al cuartel de arriba abajo.

El tejado del comedor voló entero rumbo a la calle Mayor.

—¡Nos bombardea el loco! —gritó Ramón ahora, y se lanzó hacia un sótano.

Otro pildorazo estremeció los cimientos del cuartel.

Escombros, astillas y polvo surcaron el aire y envolvieron a Leopoldo, que extrajo el sable y gritó en medio de la barahúnda:

—¡Evacúen el cuartel! ¡Trompeta…!

Una tercera explosión reventó un muro.

La onda expansiva azotó el patio.

Ramón estaba empotrado en la puerta del sótano.

El comandante escupió con rabia el polvo que le había entrado en la boca y gritó desde el suelo otra orden de evacuación.

Quiso agitar el sable, pero de repente se dio cuenta de que sólo conservaba la empuñadura. La hoja habla saltado por los aires.

Leopoldo lanzó un terrible juramento y tiró con rabia la empuñadura contra los escombros.

Luego comenzó a correr como una liebre hacia el sótano.

Una de las explosiones le había desnudado debido a la onda expansiva, pero no se entretuvo en cubrirse.

Otro silbido aumentó amenazadoramente de volumen.

Y Leopoldo *Rajadura* entró de cabeza por la portezuela del sótano.

CAPITULO VII

El proyectil se llevó un trozo de campanario de la iglesia de Santa Inocencia. Pero la cosa no acabó allí. Siguió su trayectoria hacia la calle principal e hizo impacto en la barbería de Ruperto Menéndez, establecimiento vecino a «Corsés Matilde».

Y entonces estalló.

Por un momento pareció juntarse la calle con el cielo.

Cuando se fue aclarando el desorden de polvo, ruinas y lamentaciones, por la barbería de Ruperto salieron un par de señoras aterrorizadas, con los rostros emblanquecidos de jabón de afeitar, en tanto que de «Corsés Matilde», salieron escupidos cinco fulanos recién afeitados con sendos corsés a guisa de baberos. Se quedaron mirándose unos a otros sin poder explicarse el fenómeno. Fue achacado a la onda expansiva y a los misterios de la balística, por los veteranos del frente de Santa Rita.

Dick Caldwell puso a cubierto a un par de chicos que lloraban a moco tendido, pero que empezaron a gritar de alegría cuando Dick les dio un dólar para almendras garrapiñadas.

Dick siguió adelante y escogió el callejón que daba junto a la iglesia de Santa Inocencia porque por aquel lugar se salía justo al lado del valle que desembocaba en la montaña de piedra.

Opinó que era el mejor momento para investigar el origen de los obuses, ya que nadie había querido despegar los labios acerca del suceso.

Cuando saltó por encima de un montón de escombros, escuchó la voz de la bella fugitiva.

—¡Eh, compatriota!

—¡Ellie! —exclamó Dick al verla en el boquete del campanario abierto por el obús—. ¿Qué diablos hace ahí?

La chica hizo un gesto de impaciencia y señaló la soga que tenía en la mano.

—Quiero enganchar el extremo de la cuerda en el tejado de

enfrente.

—Infierno.

—Luego me dejaré caer con ella al espacio y me colaré justo por ese balcón de enfrente.

Dick se hizo cargo de la idea de la muchacha. Pretendía salvar el hueco del callejón sin tocar el suelo.

Ella gimió.

—¡Por todos los santos! ¿Quiere ayudarme de una vez? Venga aquí y trate de engancharme la cuerda ahí enfrente. Tal vez tenga más maña que yo.

Dick asintió con un gruñido y buscó los huecos de las piedras del viejo campanario. Se sirvió de los huecos como peldaños y llegó en pocos minutos al lado de la muchacha.

—Bueno, preciosa. Ya estamos otra vez jugando a titiriteros.

—Cierre el pico y actúe antes de que vengan los soldados. Me volvieron a ver dos calles más abajo.

—¿Qué voy a ganar?

—Si me echa este cable, le daré un beso como premio.

—¿Nada más?

—Oiga, soy una chica decente.

—Nadie lo duda, encanto.

—Ande, calamidad. Empiece a colaborar.

Dick sólo tuvo que intentar una vez el lanzamiento de la cuerda, porque el garfio que la remataba se enganchó a la primera en el alero del tejado vecino. Probó con un par de fuertes tirones y al ver que resistía, hizo una reverencia.

—Alteza, la cuerda está servida.

Ellie sonrió.

—Es usted un tesoro —y le dio un beso en la mejilla.

—¡Eh, espere. Ellie! —exclamó Dick, porque no estaba conforme con el premio.

Pero Ellie rió ya volando por los aires, sujeta a la cuerda, y unos segundos después alcanzó el balcón de una casa señorial.

Como el callejón era estrecho, no tuvo dificultad en hacerse oír de Dick sin alzar la voz.

—Voy camino de la libertad. En el patio de esta casa hay una cochera repleta de estupendos vehículos.

Se despidió con un beso al aire. Entró en la casa.

A través de los cristales vio a Dick que se quedaba unos instantes con la vista fija en el hueco.

Ellie notó algo raro en su corazón. Entonces se envaró y dijo para sí, en voz alta:

—Recuerda. Ellie: una espía no debe tener sentimientos.

Tras madurar un poco la frase oída al instructor, se dirigió resueltamente hacia el interior.

Era una lujosa estancia donde pendía una gran araña de cristal sobre dorados muebles.

Cuando estaba por alcanzar la puerta que daba al interior de |a casa, vio a un sujeto grueso y calvo que la miraba con la codicia pintada en los ojos saltones,

Ellie ahogó un pequeño grito y trató de salir de allí a toda prisa.

El gordo se alisó el batín de seda y sonrió.

—La puerta está cerrada. Hada de los Vientos.

—¿Qué chamulla, señor?

El gordo le estaba sacando un daguerrotipo de cuerpo entero.

—Sin duda debe ser un hada, preciosa. Sólo las hadas vienen por los balcones.

Ellie se humedeció los labios.

—Dispense, señor... No estoy para cuentos, señor...

—Don Arturo del Río Tinto, marqués de la Ponzoña.

—Perdone que haya entrado de esta forma en su casa, señor marqués. Pero me vi precisada.

—Puedes entrar por la chimenea si gustas, bombón. ¿Quién te persigue?

—Eh... Tuve miedo de las explosiones y de repente me vi sobre el balcón.

El marqués de la Ponzoña rió con voz de barítono.

—Ha sido un buen chiste, hada. Pero creo que debes ser esa espía que busca el comandante.

—Soy modista.

Don Arturo rió. Ya estaba muy cerca de ella.

Ellie se empeñaba en abrir, pero la llave debía estar en el bolsillo más oculto del gordo.

—Le quedaría muy agradecida si me facilitara la salida.

—¿Para qué tanta urgencia, preciosa? Aquí estás segura.

—Oiga, tengo prisa. Excelencia.

El gordo la tomó de la mano.

—Primero tomaremos un poco de coñac Luis Capeto, y lo acompañaremos con pastelillos de carne de puerco. ¿Qué tal?

Ellie danzó de impaciencia.

—Le estoy muy agradecida por sus atenciones, señor marqués. Pero insisto en que tengo prisa.

El marqués la atrapó por la cintura un poco bruscamente.

—Pequeña —dijo con voz ronca—, te conviene hacer lo que yo te diga.

Ella se desprendió de sus manazas.

—Conque empezando a hacer el pillo, ¿eh?

—¿Cómo?

—Lo que acaba de oír. Me marcho.

El marqués torció la cara.

—El comandante me ha hablado mucho de ti. ¿Sabes lo que pasará si no eres amable conmigo?

—Que dará el soplo —Ellie echó fuego por los ojos.

El marqués de la Ponzoña rió.

—Vamos, pequeña. Tú y yo vamos a trazar proyectos. ¿Qué te parece si empezamos con un besito primero? Voy a sostenerte.

Ellie miró de repente a la ventana y exclamó con los ojos abiertos:

—¡Un obús!

Don Arturo del Rio Tinto, marqués de la Ponzoña, se volvió hacia el balcón.

Entonces Ellie le dejó caer una botella de coñac Luis Capeto justo en la coronilla.

No había ningún obús en el balcón.

Pero al marqués le produjo la misma sensación que si le hubiera caído encima un proyectil del ciento veinte.

Se desplomó sin exhalar un gemido.

Ellie arrojó a un lado el cuello de la botella que se le había roto, esparciendo un aroma de buena solera, y se llevó la mano a los labios ahogando un gemido.

—¡Dios mío! —exclamó—. ¡Lo he matado!

Pero el marqués coleó un poco sobre la alfombra y se puso a roncar.

Ellie miró a varios lados y por fin localizó un mullido almohadón

recamado de huríes entre velos.

Lo colocó debajo de la pesada cabezota de don Arturo y lo acomodó.

A continuación le estiró la pierna derecha para que no se le durmiera.

Sacó la llave, después de un breve cacheo del bolsillo interior de la bata de don Arturo, y corrió hacia la puerta.

Abrió y se vio en un largo corredor.

Después de bajar una escalera, cruzó un amplio vestíbulo.

Un estirado criado le salió al paso y le saludó dando las buenas tardes.

Ellie contestó con un gruñido.

Entonces el criado se volvió a diez pasos y exclamó:

—¡Oiga! ¿Usted no era rubia anoche?

—Era una peluca, Rafael —replicó Ellie sonriente, y siguió su camino.

—¡El coche la está esperando! ¡Y me llamo Pedro!

Ellie no esperaba tener tanta suerte en encontrar un vehículo a punto.

Alcanzó la cochera y vio a un tipo sobre el pescante de un landó.

Cuando se hubo sentado en el interior, chascó los dedos y el vehículo se puso en marcha rumbo a lo desconocido.

Entonces dejó escapar un largo resoplido y se desmadejó en el asiento debido a la tensión nerviosa que acababa de soportar.

CAPITULO VIII

El rubio Henry se hallaba al pie del balcón de Lola, la sobrina del comandante.

Estaba sentado sobre un cajón y fumaba despacio al tiempo que revisaba a los tres hombres que tenía delante.

—Bueno, muchachos. Tengo poco tiempo para poneros al corriente. Abrid las orejas y os diré lo que hay que hacer con el bastardo de Dick.

El sujeto de los ojos juntos, pequeños como perdigones, enseñó una dentadura mellada.

—Yo, ya lo tengo pensado. Una bala en el ombligo. Así hablará, a cambio de que le quitemos los dolores con un plomo en la sien. El sistema de estos mexicanos no falla.

—Eres demasiado sanguinario. Cecil.

—Me gusta ir al grano en los negocios, Henry. Y no andarme por las ramas.

—No me gusta cómo estás hablando.

Cecil consultó con su mirada a los otros dos compinches y se aclaró la voz:

—Los chicos y yo también hemos hecho planes.

Henry torció la boca y sonrió con los dientes muy blancos.

—¿Sí, eh?

—Venimos a esta ciudad llena de cochambre para trabajar de lo lindo, ¿y qué haces tú para empezar? Yo te lo diré. Te cuelas en la ventana de la fulana del comandante y te dedicas a la vida contemplativa.

—Ahí arriba fue donde me enteré de que Dick estaba por los rincones del pueblo.

—Ya —escupió Cecil—. Eso lo supimos nosotros sin necesidad de que nos lo dijera la chica del comandante. Muchos vieron el tiro teo de Dick con aquellos desmanotados. Tú estabas muy entretenido con otras cosas.

—Cecil —suspiró el rubio—. con Lola apenas he tenido tiempo de cambiar el saludo. Creedme, muchachos, las cosas se han complicado ahí arriba de tal modo que no he podido conseguir nada práctico. Me ha metido lo menos tres veces en el armario. ¡Ah, cómo tengo los dientes de largos!

Un tipo delgado, de facciones desagradables, escupió por el sesgo de la boca.

—Lo que tienes que hacer es dejar a esa fulana, que sólo puede traernos líos, y hacer lo que te mandemos nosotros.

—¡Vaya! —sonrió el rubio—. ¿De veras, Ken?

Al mismo tiempo largó el puño como una centella.

Ken recibió el impacto en el pómulo y rodó por encima de unos cajones.

Cuando quedó sentado, miró a ambos lados como sí se preguntara qué había pasado.

Debió orientarse porque de repente llevó la mano al Colt.

Cecil y el gordo que estaba a su lado también empezaron a sacar las armas.

Pero el rubio Henry hizo un rápido movimiento con la diestra y el Colt apareció entre sus dedos como por arte de magia.

—¿Quién manda aquí, pequeños?

Ken, el tipo que recibió la coz. se incorporó sonriendo forzadamente.

—Infiernos, tú mandas, desde luego. ¿Quién es el estúpido que dice lo contrario?

El rubio siguió sonriendo y apuntó a los otros dos.

—¿Estamos todos de acuerdo, muchachos?

Cecil y el gordo cabecearon con sendos gruñidos.

Henry guardó el Colt y se frotó las manos.

—Ahora al grano, pequeños —dijo—. Mi plan es ofrecer nuestros brazos poderosos al gran Dick Caldwell.

Los oyentes de Henry sacudieron las cabezas y lo miraron como si estuviera loco.

El primero en recuperar el habla fue Cecil.

—¿Quieres decir que le ayudemos a abrirse paso hasta el oro? ¿Qué le echemos un cable?

Henry les dedicó una luminosa sonrisa.

—Si, lumbreras. Eso es lo que me propongo.

—Si no te explicas, creeremos todos que la fulana del escote gigante te ha vuelto la sesera del revés.

—La verdad es que me trae loco. Cecil —Henry miró arriba, al balcón—. Pero no tardará en darme la medicina que me ponga bueno.

—De acuerdo —gruñó Cecil—. Escupe.

—Es muy simple, muchachos. Está claro que Dick pretende hacerse con el oro. Pero está demasiado solo para recuperarlo.

—Y crees que nos dejará colaborar, ¿eh?

—No se fía de nosotros ni un pelo. Pero no tendrá más remedio que dejarse ayudar. Luego me las ingeniaré para limpiarle las barras lo mismo que otras veces le he dado el esquinazo.

— Eso es lo malo. Henry. Se la has jugado otras veces.

—Fueron cosillas sin importancia. La paga del Ejército, alguna fulanita, un cargamento de fusiles... En fin, bagatelas.

—Lo malo es que el tipo parece haberse esfumado.

—Apuesto a que trata de largar un vistazo al loco del cañón.

—Si le da la idea de subir él solo. Henry... ¿Te figuras?

Henry sacudió la cabeza sonriente.

—No subirá. Los soldados de Rajadura han intentado trepar al monte donde el loco tiene la pieza de artillería, y han sido despedazados a zambombazo limpio...

—¿Qué hacemos, Henry? —Cecil tenia las cejas juntas.

—Buscadme a Dick, muchachos. Es lo que tenéis que hacer. En cuanto lo tengáis a mano, yo acudiré a pactar con él. ¿De acuerdo?

Cecil gruñó a coro con los demás.

En eso sonó un silbido por el balcón.

Henry suspiró y se agarró a la enredadera que llegaba arriba.

—Hasta luego, chicos. Voy a que me curen.

Empezó a trepar dejando a los de abajo de muestra.

Subió con agilidad al tiempo que sentía hervir la sangre. Bueno, por fin estaba el campo libre. Ahora se resarcirla de la espera.

Llegó al balcón y alargó los brazos para atrapar a Lola.

Pero de repente la chica se volvió hacia el interior y dio un corto grito:

—¡Mi tío vuelve otra vez!

Y empujó a Henry.

Henry trató de asirse con fuerza a la enredadera.

Pero no le valió de nada.

La planta trepadora se desprendió de cuajo y se vino abajo con Henry como viajero.

Henry gritó y por fin cayó con estruendo sobre unos toneles apilados.

Desde allí sentado, vio a Lola atrapada por unos brazos poderosos que la llevaron adentro. Luego se cerró el balcón.

Y Henry comenzó a maldecir quejumbrosamente en tanto sus compinches se retorcían de risa.

CAPITULO IX

Dick Caldwell estaba comiendo en una mesa del fondo, en el local de Rosita.

La agradecida Rosita estaba a su lado.

Dick despachaba un grueso filete y Rosita despachaba a Dick con los ojos.

—¿Por qué no te encontré antes. Dick? —dijo la joven.

—Tuve que hacer mucho por ahí —repuso Dick con muy poco romanticismo.

En aquel instante, un mexicano asomó la cresta por la puerta.

—¡Rajadura...! ¡Ahí viene Rajadura!

Aquella noticia produjo el mismo efecto que si el loco del cañón hubiese disparado un nuevo obús.

Pero Dick estaba acostumbrado al espectáculo.

Los hombres corrieron atropellándose unos a otros por ganar cuanto antes la salida.

Un borracho quiso ir tan de prisa que pretendió atravesar la columna pegándole con la cabeza. Pero la columna resistió la embestí da y el borracho se desplomó sin sentido en el suelo.

Dick continuó comiendo tranquilamente su bistec.

—Dick, sube arriba —dijo Rosita—: te esconderé.

—¿Para qué?

—¿No lo has oído? Es el comandante y me explicaste que te había tomado ojeriza.

Dick se encogió de hombros.

—He conocido a muchos tipos como Rajadura. Luché en ambos bandos durante la guerra. Son tipos en los que sólo cabe destacar una cosa: su crueldad. Pero tienen menos seso que un mosquito. El señor Rajadura no es una excepción a la regla.

En la calle se produjo un fragor. Oyéronse gritos, gemidos. La escolta de Rajadura estaba haciendo de las suyas a golpe de fusil.

—¿Dónde está ese gringo? —rugió la voz del comandante—. Ya

sabéis a quién me refiero. Al forastero que llegó últimamente.

—Está ahí dentro, mi comandante.

—¡Rodeen la casa! ¡Que no se escape!

Se oyó de nuevo la voz del soplón:

—¿No hay un peso para el pobre Eustaquio?

Oyóse un castañazo y un tipo lanzó un alarido que fue bajando poco a poco de tono.

Rosita se puso en pie de un salto.

—Dick, ¿no lo has oído? ¡Viene por ti!

Dick no contestó porque tenía la boca llena.

—Tengo un buen escondite arriba, Dick. Podrás permanecer meses y meses encerrado... Yo te daré alimentos y otras muchas cosas.

—Eres muy amable. Rosita, pero he de seguir mi destino.

—¿Qué destino?

—El que todos tenemos marcado. No podemos ir contra él. ¡Qué se le va a hacer...!

Rajadura irrumpió en el local como un ciclón, seguido por cuatro de sus soldados.

Descubrió en seguida a Dick y se detuvo echando chispas por los ojos. Sus labios se distendían en una sonrisa que acentuaba la profundidad de la cicatriz que exhibía en la mejilla derecha.

—Comiendo, ¿eh? —dijo.

—Sí, mi comandante. Es ley de vida. Come, si quieres vivir.

—Vivir —repitió Rajadura—, Hermosa palabra...

—Ser o no ser, he ahí el problema, que estoy resolviendo con un filete.

—Pues dese prisa porque cuando termine con esa carne, nos vamos a ocupar de la de usted.

—¿Qué dice, Leopoldo?

—Voy a ordenar a mis muchachos que hagan fuego contra usted

Dick frunció el ceño.

—¿Por qué, mi comandante?

—Su amigo me ha engañado.

—¿A qué amigo se refiere?

—No se haga de nuevas. Me refiero al viejo. Su nombre es Jonathan Ponte. Me endosó un collar de perlas tan falsas como Judas

—¿Eso hizo el bueno de Jonathan?

—¡Usted es su cómplice!

—¿Yo, mi comandante? ¿De dónde saca eso?

—Se saludaron con mucho afecto.

—Es usted genial sacando conclusiones, comandante. Jonathan y yo la hemos corrido en otro tiempo. El le pega el timo a usted, nos vio juntos y por esa razón yo debo estar al corriente del fraude.

—No me liará, señor Caldwell. Yo soy el amo aquí y, como tal, ordeno su fusilamiento.

—¿Sin juicio?

—Sin juicio.

—Al general Gómez le va a sentar eso muy mal.

Rajadura entornó los ojos.

—¿Se refiere al general Hermenegildo Gómez?

—Al mismo.

—¿Qué tiene usted que ver con él?

—Luché a su lado y me aprecia bastante. Ahora está en la capi tal. Cuando él sepa que usted ha ordenado mi fusilamiento, me temo que su brillante carrera militar va a tener un final muy imprevisto. Leopoldo. ¿Qué dirá el general Gómez cuando sepa los motivos que usted alegará para llevar a cabo mi muerte? Usted compró un collar de perlas falsas para una supuesta sobrina suya y pagó cien dólares a cuenta cuando le pidieron dos mil. El general es inteligente; nunca creerá que usted pagó la totalidad del precio.

Rajadura tenía las orejas rojas. Aquel hombre le estaba poniendo en ridículo ante sus propios hombres. Sentía unos terribles deseos de ordenar a sus soldados que apretasen el gatillo, pero, ¿y si era cierto lo que aquel gringo decía con respecto al general Gómez? Justamente ahora don Hermenegildo gozaba del favor del Gobierno. Se decía que sería el próximo ministro de la Guerra.

Pero quizá el gringo le estuviese mintiendo.

Pensó una solución. Enviaría un mensajero hasta Ponedlos, la más próxima estación telegráfica. El emisario cursaría un telegrama a la capital. El comandante Fuentemayor, buen amigo suyo, le informaría de si realmente el general Gómez era amigo del gringo, y si este le había mentido, ordenaría su fusilamiento en un abrir y cerrar de ojos.

Al llegar a este punto de sus cavilaciones, preguntó:

—¿Dónde está Jonathan Ponte, señor Caldwell?

—No lo sé. Posiblemente se ha marchado del pueblo. Al menos, se despidió de mí la última vez que nos vimos.

—E imagino que no sabe adónde fue.

—Nunca pregunto a nadie acerca de sus planes.

—Bueno, señor Caldwell, quizá me he precipitado un poco. El descubrimiento de la falsedad de ese collar me ha puesto un poco nervioso… Nunca me ha gustado tratar con gentuza…

—Acepto sus excusas, comandante.

Rajadura tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no echarlo todo a rodar.

Encontró la única solución para salir airoso de aquella coyuntura.

—La verdad es que imaginé desde el primer momento que usted no tenía nada que ver con los trapícheos de ese Jonathan Ponte, pero quería cerciorarme. —Se volvió hacia sus hombres—. Vamos, seguidme todos… ¿Qué infiernos estáis haciendo ahí como estatuas?

Realmente, los soldados se habían quedado de piedra. Era la primera vez que veían hacer frente a Rajadura. Aquel gringo les había maravillado con su sangre fría.

Don Leopoldo tuvo que soltar un revés a uno de ellos para ponerlo en marcha y a otro lo cazó con la puntera de la bota en los cuartos traseros, levantándolo algunos palmos del suelo.

Rajadura hizo entrechocar los talones y le saludó militarmente a Dick Caldwell, desapareciendo finalmente por la puerta.

Rosita se relajó en la silla dando un suspiro.

—¡Dios mío, nunca he padecido tanto!

Dick se echó a reír.

—El señor Rajadura acaba de salvar la vida.

—¿Eh? —exclamó Rosita, asombrada—, Pero si iba a ordenar tu fusilamiento…

—Antes de que los soldados me hubiesen podido enviar sus balas, yo habría liquidado al comandante. Naturalmente, luego habría caído yo, pero en el mundo habría un hombre cruel menos.

—Eres maravilloso. Dick —sonrió Rosita, echándole los brazos al cuello. Lo besó en la boca.

En aquel momento se oyeron unos aplausos procedentes de la puerta.

Dick tomó a la joven del brazo y la apartó de si, ya que de otro modo Rosita hubiese prolongado el beso tres o cuatro horas más.

El rubio Henry Stinson era quien aplaudía. No estaba solo. Le acompañaban tres hombres de pésima catadura.

Dick no dijo nada mientras observaba atentamente al rubio

Henry echó a andar riendo.

—¡Vaya, vaya, vaya...! Vean al gran Dick Caldwell, en una de sus actuaciones... Y aprendan cómo se puede hacer frente a un tipo con los instintos de Satanás.

—¿Qué haces por aquí, Henry? Te creía muy lejos, al menos en Alaska.

—Oh, si, ahora recuerdo que te dije que iría a Alaska, Dick, Pero, ¿sabes lo que me pasó? Emprendí el camino hacia el Norte, empecé a pasar frío... Entonces pensé en los hielos de Alaska y en lo que me esperaba. ¡Santo cielo! ¿Cómo iba yo a soportar aquello teniendo tan buenos amigos en el país mexicano? ¿Por qué renuncia a este sol tan maravilloso que nos abraza con sus rayos como una mujer amorosa...?

—Te ha salido redonda la frase.

—Ya sabes que siempre he sido poeta. Eso es lo malo que tienes tú, Dick... que nunca sabes comprender la delicadeza de una frase Yo soy espíritu y tú materia.

—Qué asco, ¿eh? —dijo Dick, y levantándose disparó su puño derecho.

Henry estaba sonriendo en aquel momento y el movimiento de

Dick fue tan rápido que no pudo burlar el golpe. Sonó un restallido y el rubio Henry fue rodando por el suelo como una pelota.

Rosita lanzó un grito.

No lo hizo por el puñetazo que Dick acababa de propinar al rubio, sino porque los tres individuos que acompañaban a Henry y se encontraban junto a la puerta habían sacado el revólver.

Dick se maldijo por haberse dejado llevar por su ira. No le ocurría frecuentemente. Sabía dominarse y gracias a ello seguía viviendo. A lo largo de su vida había aprendido cosas muy importantes. Había cierta clase de errores que no aportaban ninguna experiencia porque los muertos no pueden rectificar. Era por lo que él no acostumbraba a cometerlos. Pero ahora lo había hecho. Vio la

mirada asesina de aquellos tres hombres. Eran tipos peligrosos, gente indeseable que había llegado lo mismo que él de la otra parte del río Bravo… Bazofia que sólo pensaba en el dinero.

Los tres se disponían a disparar.

—¡Alto, muchachos! —dijo Henry, desde el suelo.

Los tres tipos detuvieron el impulso del dedo que se arqueaba sobre el gatillo.

Henry sonrió mientras se masajeaba el mentón.

—Sigues en forma, ¿eh, Dick?

Caldwell no dijo nada.

—Tendré que cuidarme la mandíbula —habló Henry, poniéndose en pie—. La tengo muy dura… Tú sabes que nadie la pudo romper nunca. Pero éste es el tercer golpe que recibo de ti y palabra que esas castañas las acuso siempre.

Se volvió hacia sus muchachos.

—¿Qué hacéis ahí? Guardad los revólveres y pedid whisky en el mostrador. Yo os invito… Ah, y no tenéis que preocuparos por el bueno de Dick Caldwell. El y yo siempre nos hemos llevado bien.

Los tres tipos titubearon unos instantes pero al fin devolvieron los revólveres a la funda y pusiéronse en camino del mostrador.

Henry se acercó otra vez a la mesa y observó a Rosita.

—Siempre buen género, ¿eh, Dick?

—¿Qué quieres, Henry?

—Charlar con un viejo amigo. ¿No es eso agradable?

—Sólo a veces.

—Anda, dulzura —dijo Henry a Rosita— prepárame algo de comer… ¿Querrás, preciosa?

Rosita miró a Dick y éste le hizo una señal afirmativa con la cabeza. Entonces la mexicana dio media vuelta y se dirigió a la cocina. Henry siguió el movimiento de sus caderas.

—La tienes en el bolsillo, ¿eh. Dick? Infiernos, un día me tendrás que contar tu secreto… Basta que pongas los ojos en una mujer para que se te empiece a derretir… ¿Sabes una cosa? He utilizado tus trucos, sí, señor. He puesto en práctica tu técnica. Con unas me va bien, pero con otras me falla.

—Si quieres que te dé un cursillo para hacer disminuir los fallo tendrás que pagarme quinientos dólares.

—¿Quinientos?

—Los que me debes.

—Dick, no sé cómo puedo pasar sin ti... Te lo juro... Me lo pregunto muchas veces... No sabes la de veces que me he reído recordando tus chistes...

—Yo también he pensado en ti. Henry.

—No lo he dudado un solo instante, muchacho. Da gusto cuan do dos personas se comprenden como nosotros...

—Cuando yo te recordaba me veía enfrentado a ti, rompiendo tu boca embustera.

—Pero, Dick, ¿me vas a salir ahora vengativo?

—Oye, Henry —Dick le apuntó con el dedo en la cara—. Está bien que esgrimas tu cinismo frente a las personas que no te conocen, pero conmigo sabes que no te vale. Todo lo que estás diciendo es palabrería hueca.

Permanecieron un rato mirándose fijamente a los ojos y por último Henry sacudió la cabeza riendo entre dientes.

—Está bien, Dick, hablaremos de negocios...

—¿De qué negocios tenemos que hablar tú y yo?

—Del oro... Hermoso tema, ¿eh? Oro.

—Si pretendes que hagamos sociedad para ir en busca de un filón a California, mi respuesta es no.

—Has acertado en una parte, lo de la sociedad. Pero no en la otra, en lo de ir a California... No hace falta ir tan lejos para encontrar el filón... —Henry hizo una pausa—. El oro está aquí, e¡ México... Quizá en Rincones o muy cerca de este condenado pueblo.

—Ya entiendo: el oro de Timoteo Baquedano.

—¡Qué estupendo eres, Dick...! Has dado justamente en el clavo. El oro de Timoteo Baquedano.

—No sé nada de eso.

—¿No?

—Ni una sola palabra.

—Ahora el embustero eres tú. pero, ¿sabes una cosa? No siento ningún deseo de romperte la boca... ¡Oh, no! Yo soy incapaz de desear eso para ti, un tipo que es mi amigo.

—Busca otro primo. Henry.

—¿Eh?

—No hay sociedad.

—Dick, ¿sabes que me estás decepcionando? Creí sinceramente

que mi propuesta sería de tu agrado… El oro de Timoteo Baquedano vale muchos miles de dólares. Hay para ti y para mí… ¿No es eso lo justo? Habla pensado en que cada uno de nosotros tuviésemos la mitad. Naturalmente, yo pagaría de mi parte a los muchachos. Ya los has visto, son tres tipos estupendos. Cecil Kimball *el Nervioso,* Ken Wilbeck *el Huesos,* y Fred Gibson *el Gordito.* ¿Dónde se pueden reunir tres fulanos como ellos? Ese es mi mérito. Dick. Me encuentro solo, pero de pronto hago chascar los dedos y junto a mí aparecen los fulanos que necesito… Con nosotros dos sumamos cinco… ¿Quién se nos va a oponer? Anda, dilo.

Dick largó un bostezo.

—Me parece muy bien tu pandilla, Henry, pero mi respuesta es la misma. A menos que me digas dónde está el oro… Entonces quizá podríamos llegar a un acuerdo.

Henry se le quedó mirando con los ojos agrandados, y de súbito se echó a reír.

—Eres el mismo demonio, Dick Caldwell. ¿Dónde está el oro? Eso ha tenido gracia…

—Voy a dormir un rato —dijo Dick levantándose—. Suerte, Henry.

Dick se dirigió hacia la escalera seguido por los ojos del rubio, que no había dejado de sonreír.

CAPITULO X

Don Leopoldo *Rajadura* paseaba nervioso por su habitación. Ya había enviado el emisario a Pocillos para cursar el telegrama a la capital. Muy pronto sabría a qué atenerse con respecto a Dick Caldwell.

Ramón, su hombre de confianza, le miraba atentamente.

—Perdió una buena oportunidad de deshacerse del gringo, mi comandante.

—Ya te lo dije. Yo sólo quiero darle cuerda.

—Esa medida resulta siempre peligrosa cuando uno se enfrenta con tipos demasiado listos.

—Yo soy más listo que él, ¿lo oyes, Ramón?

—Si, mi comandante.

—Entérate de una vez. Estamos a punto de cazar a Ellie.

Ramón agrandó los ojos.

—¿Es eso cierto?

—Si, Ramón —se detuvo Rajadura, sonriendo—. Uno de mis soldados la vio escapar de la casa del marqués de la Ponzoña.

—De modo que estaba aliada con él... Cuando mi padre me dijo que no me fiase de nadie...

—Una espía es capaz de aliarse con el mismo Lucifer con tal de lograr sus propósitos.

—¿Qué pasa con el marqués?

—Me personé en su casa para tantearlo. Le sugerí que cierta joven había pasado en su casa algún tiempo, pero no abrió la boca el muy maldito.

—¿Y no le hizo un afeitado, para obligarlo a cantar?

—No. Ramón, quiero proceder en este caso con astucia.

—Pero él es un aristócrata, mi comandante, y ya sabe lo duro que resulta cargarse a esa gente. Primero falló con el gringo y ahora con el marqués... ¿Será que empieza a tener sentimientos?

—Ramón, te aprecio mucho, pero un día de éstos te voy a

empotrar en el muro a puñetazos.

—Perdone, mi comandante.

—Soy un tipo que he nacido en el seno del pueblo... Mi padre era tratante de caballerías. Lo acompañé hasta los catorce años por esas montañas. Fui con él de pueblo en pueblo vendiendo nuestros asnos... Me ocurrió una cosa muy curiosa... Me di perfecta cuenta de que me rodeaba un mundo de burros. Entonces decidí sacar provecho de mis profundos conocimientos. Juré que sería grande, que llegaría lejos al precio que fuese. Me alisté en la revolución... Bue no. participé en una docena de ellas, pequeñas y grandes, pero siempre tuve la precaución de cambiar de nombre al cambiar de bando.

»Ahora soy comandante y muy pronto me llamarán a la capital. Estoy predestinado a ser alguien muy grande. Ramón... Pero ya ha ce tiempo me di cuenta de que me faltaba una cosa, rodearme de un poco de crema, sacarme brillo... Sí. Ramón, tengo necesidad de que me saquen brillo y para eso no hay otra cosa mejor que aliarse con la aristocracia...

—Creo que lo voy comprendiendo, comandante. Usted le ha echa do el ojo a la sobrina del marqués, a Fuensanta, la chica que reside en Morrones.

—Sí. Ramón. Es huérfana de padre y madre y el marqués es su tutor. Ahí lo tienes todo explicado. Seré el esposo de doña Fuensanta María del Cielo Rostro Enjuto y Encinares de la Orden.

—Le acompaño en el sentimiento.

—¿Eh?

—Esa chica, a pesar de todos sus nombres, es bizca.

—¿Y qué más da?

—Tiene los dientes salidos.

—Se los arreglaré de un sacudón. Lo importante es que yo seré marqués y mis hijos llevarán sangre azul. Entonces podré escalar los mayores puestos, no habrá barreras ante mí. Podré enfrentarme con todos los generales y ministros de la capital...

—Encontrará muchos obstáculos en su camino, mi comandante. La ciudad está llena de ambiciosos. Me lo decía mi padre.

Rajadura se echó a reír, brillándole los ojos.

—Haré mi propia revolución. Ramón.

—Enhorabuena, mi comandante, y perdone mi torpeza. ¿Puedo

pedirle una cosa?

—¿De qué se trata?

—Le he sido siempre fiel. Quisiera ser jefe de su Alto Estado Mayor.

—Ya veremos. Ramón, eso va a depender mucho de ti...

En aquel momento se oyó fuera del despacho un griterío. Por entre las voces destacó la de una mujer.

Rajadura y Ramón volvieron la cabeza hacia la puerta, la cual se abrió en aquel instante.

Una joven entró a trompicones porque alguien la había empujado.

Dos soldados penetraron en la estancia tras la muchacha.

—Mi comandante, hemos capturado a la espía —le anunció uno de ellos.

—¡Yo no soy espía! —exclamó Ellie Weston.

—¿Dónde la capturasteis? —preguntó don Leopoldo.

—Iba hacia las montañas.

—¿Qué montañas?

—Justo la más alta que rodea el pueblo, en donde el loco tiene instalado su cañón.

Leopoldo sonrió mirando a la joven.

—¿Qué estaba usted haciendo por allí, señorita Weston?

—Fui a coger setas.

—Ha debido buscar una excusa mejor. No es tiempo de setas.

—Lo ignoraba y por eso fui al monte. Pero sólo buscaba setas.

—Señorita Weston, sabemos perfectamente quién es usted... Hace poco tuve el honor de acabar con los hombres que usted capitaneaba. Confieso que ha sido usted una buena rival. Ha burlado a mis hombres durante mucho tiempo, pero debió suponer que la lucha entre usted y yo era desigual, y que finalmente caería en mis manos... Eso acaba de ocurrir. ¿No le parece, pues, que debemos dejarnos de excusas?

La joven alzó la barbilla.

—Muy bien, señor Rajadura.

—Así me gusta más —sonrió Leopoldo, e hizo una señal a los soldados—. Podéis retiraros, muchachos. Decidle al sargento Trévelez de mi parte que os dé... —hizo una pausa—. Sí, que os dé doble ración de rancho como recompensa.

Los soldados que habían capturado a Ellie Weston hicieron una mueca porque el rancho consistía en patatas podridas. Podían soportar una ración, pero si la doblaban, corrían el peligro de irse al otro mundo.

—Perdón, mi comandante —repuso uno de los soldados, que era muy listo—, pero usted nos lo dijo en un discurso. La única recompensa que debe recibir el soldado es la satisfacción del deber cumplido.

—Bravo, soldado Jenaro… Llegarás lejos.

—La milicia es sacrificio —dijo Jenaro, y deseó fervientemente que cayese una viga del techo sobre la cabeza del comandante.

Los dos soldados se retiraron sin que la viga hubiese caído.

Ramón desapareció por otro hueco del fondo porque captó una señal que Leopoldo había hecho con el dedo pulgar de la mano izquierda. En el mensaje cifrado de ambos quería decir: «Déjame solo, Ramón».

—Señorita Weston —dijo Rajadura—, ¿beberá algo?

—No.

—¿Comerá?

—Tampoco.

—Me deja usted asombrado, señorita Weston.

—¿Por qué?

—Se sobreentiende que cuando la espía cae en poder del jefe enemigo, ella debe hacerle el amor para tratar de salvar el pellejo y engañarlo como a un chino. Al parecer, ha tenido usted muy malos instructores…

—Está usted muy anticuado, señor Rajadura.

—¿De veras?

—Las espías de ahora son instruidas de otra forma. Cuando caen en manos de un jefe rival, han de hacer otra cosa que enamorarlo.

—¿El qué?

—Matarlo —dijo Ellie, y sacándose una navaja del escote saltó como una tigresa sobre el comandante.

Rajadura le atrapó la muñeca cuando la punta de la hoja de acero se iba a hundir en su pecho.

Los dos cayeron al suelo.

Ellie hizo rechinar los dientes mientras trataba de dar impulso a su brazo, pero Rajadura ya había logrado contenerla.

Sus caras estaban muy juntas.
El comandante rió.
—Te equivocaste al pensar que yo estaba anticuado. ¿no te parece? Leopoldo siempre está preparado para cualquier sorpresa...
—¡Miserable...! ¡Le mataré!
—No. pequeña. Ya has perdido tu oportunidad.
Acompañando sus palabras con la acción. Leopoldo le dobló bruscamente la mano y la joven lanzó un grito mientras dejaba caer el cuchillo.
Leopoldo levantó en vilo a la joven y la estrechó contra sí.
—Has fracasado. Ellie Weston... Ahora no te queda otro remedio que hacerme el amor.
—¿Yo a usted?
—¿Por qué no? Soy muy sensible a los encantos de una mujer hermosa, y tú lo eres.
—Antes de hacerle a usted el amor, se lo haría a un puerco.
—No seas tonta. Soy un hombre muy agradecido... Anda, empieza con un besito.
Pero Ellie le escupió a la cara.
Leopoldo soltó otra carcajada y después de limpiarse con la manga, tiró de la joven.
Trató de besarla en la boca, pero Ellie se movía mucho y le besó la oreja.
Durante unos minutos forcejearon, pero al fin Leopoldo, cansado de aquella pelea en la que no conseguía nada, pegó a la joven con el revés de la mano en la mejilla.
La joven se derrumbó en un diván.
Los dos se miraron retadoramente, respirando entre jadeos.
Ellie estaba más hermosa que nunca porque su blusa se había rasgado por el escote, dejando al descubierto un hombro de piel como la seda. Le caía un mechón de cabello sobre el ojo izquierdo y tenia arqueada su mano sobre el muslo, lista para continuar la pelea a zarpazos.
Leopoldo enseñó sus blancos dientes en una sonrisa.
—¿Por qué no eres buena conmigo, Ellie?
—¿Qué ganaría con ello?
—Ahora empezamos a comprendernos.
—Le he hecho una pregunta, comandante.

—Ganarás la vida, lo cual me parece el mayor precio que puedo pagar…

Leopoldo se dirigió a la mesa, tomó un frasco de cristal tallado de una bandeja y escanció whisky en dos vasos. Con ellos en la mano se acercó al diván, alargando uno a la joven.

Ella lo aceptó.

—Por nosotros, Ellie.

Los dos bebieron y luego el comandante preguntó:

—¿Dónde está el oro?

—¿De qué habla, comandante?

—Conozco perfectamente tus manejos, nena. Timoteo Baquedano tenía un buen lote de oro en barras para el pago de armas. Cuan do nosotros nos acercamos a la ciudad. Timoteo pensó en largarse con el oro. Pero los patriotas que hasta entonces habían permanecido escondidos en el pueblo se llegaron a su casa y le dieron tomate. Como siempre, esos tipos se pusieron a destrozarlo todo. Ellos no sabían que Timoteo Baquedano era depositario de una fortuna. Pero tú estabas en la casa aquella noche, Ellie Weston. Entonces, se te ocurrió una idea…

—¿Quién le ha contado a usted esa fábula?

—Deja que termine.

—Muy bien, hágalo si con ello no se va a sentir mejor.

—Te encontrabas sola, no había ningún hombre a tu disposición y la mercancía pesaba mucho. Nosotros estábamos entrando en el pueblo y hablamos interceptado todos los caminos. Te diste cuenta de que sería muy difícil cruzar la frontera de río Bravo con tu cargamento de oro… De modo que se te ocurrió una magnífica idea… Esconderías el oro en lugar seguro y te largarías. Sólo así podrías lograr burlarnos, pero más tarde reunirías unos cuantos hombres y te llegarías a Rincones para retirar el lindo cargamento.

Leopoldo hizo una pausa para beber un trago y prosiguió:

—Eso es lo que has hecho… Te salió bien la estratagema… Lograste escapar y ahora has regresado. Yo había tomado mis precauciones porque, cuando llegué a Rincones, conocí la historia del oro de Timoteo. Interrogué a unos y a otros y empecé a sospechar la verdad de lo ocurrido, pero necesitaba pruebas y tú te has encargado de aportarlas. Sí, nena, sé que no me equivocaba. Atrapamos a los tipos que trajiste contigo. Tú fuiste la única que,

por segunda vez, escapaste de nuestras manos, pero ha sido por poco tiempo… Ahora estás en mi poder. Puedo hacer muchas cosas por ti, nena. Quitarte la vida o concedértela… Y hasta es posible que después de nuestra conversación privada, haya otras cosas… Ya te he dicho que me gustas.

—Gracias, comandante.

Leopoldo dejó su vaso en la bandeja y estiróse la guerrera militar.

—¿Dónde está el oro, dulzura?

En aquel momento sonó un zambombazo.

Leopoldo se detuvo poniéndose rígido. Consultó su reloj.

—Ese loco se adelantó un minuto.

Se oyó un silbido, pero pasó muy por encima del cuartel. La explosión se produjo a unas cien yardas.

—¡Maldito sea…! —exclamó Leopoldo—. Cuando lo atrape, pondré su piel a secar… Perdona la interrupción, te hice una pregunta…

—Sí, me preguntó dónde estaba el oro y se lo voy a decir. Pero ha de prometerme que ha de cumplir su palabra.

—Claro que sí, nena.

—Tú y yo iremos unidos en esto a partir de ahora. Leopoldo.

—Sí, dulzura… Será una magnífica combinación de amor y de interés, la mejor de todas…

—Creo que eres el hombre que me conviene en todos los sentidos…

—Dime, ¿dónde está el oro?

—Lo tiene ese hombre.

—¿Qué hombre?

—El del cañón.

CAPITULO XI

Los ojos de Rajadura se agrandaron.

—¿El loco del cañón?

—Claro que sí, Leopoldo —repuso Ellie—, y me extraña mucho que no lo hayas pensado con anterioridad.

Leopoldo se echó a reír. Primero lo hizo suavemente, luego estremeciendo los hombros.

—El loco del cañón —dijo—, ¿No es eso grande?

—Era un hombre que estaba con Timoteo Baquedano. Se escondió conmigo cuando los hombres del pueblo asaltaron la casa. Más tarde, aprovechando la noche, él y yo cargamos en un carro el oro y nos fuimos hacia las montañas. Un par de veces tus soldados estuvieron a punto de sorprendernos, pero logramos burlarlos gracias a que estaban borrachos. Al llegar arriba escondimos el oro.

—¿Cuál es el nombre de ese loco?

—Joe Huxley. Fue él quien descubrió el cañón. Todo aquel lugar había sido atrincherado, pero los hombres que debían defender el cañón habían emprendido la huida. En un subterráneo descubrimos centenares de obuses. El cañón estaba situado de tal forma que un hombre podía resistir allí durante mucho tiempo porque aquel lugar había sido convertido en una verdadera fortaleza. El propio Huxley dijo que él se quedaría allí custodiando el oro y que recibiría a cañonazo limpio a todo aquel que se acercase.

—Yo pensé que sólo era un chiflado de Maximiliano. He estado esperando a que se le agotasen las municiones para echarle mano. Pero ahora van a cambiar mucho las cosas... Te llevaré conmigo y ese hombre dejará de pegar cañonazos.

—Atraparemos el oro y seremos muy felices.

—Si, nena, yo me ocuparé de todo. Haré los preparativos ahora mismo. Saldremos dentro de una hora.

—Me parece magnífico, Leopoldo... ¿Podría comer algo mientras tanto? Tengo hambre.

—Claro que sí, dulzura. Te llevaré a una habitación donde estarás tranquila.

Leopoldo agitó una campanilla y Ramón apareció con la rapidez del rayo.

—Acompaña a Ellie Weston a mi dormitorio y sírvele todo lo que pida.

—Sí, mi comandante.

—Pero no olvides cerrar con llave cada vez que salgas.

—Sí, mi comandante.

La joven se levantó sonriente.

—¿No te fías de mí, Leopoldo?

—Eres una joven preciosa y no me gustaría perderte.

—Comprendo, querido. Hasta luego.

Ramón llevó a la joven hasta la habitación adyacente, el dormitorio de Rajadura. La joven pidió pollo y vino de Los Manantiales.

Ramón cerró la puerta con llave al retirarse.

Cuando la joven se encontró a solas, hizo un gesto duro con la boca. Le iba a ser muy difícil escapar.

Al cabo de un rato, Ramón regresó portando una bandeja con el pollo y el vino.

Ellie estaba muy cerca de la puerta y dio un paso hacia ella porque Ramón no podía cerrar, pero en el hueco apareció un soldado con el fusil en las manos.

Ellie se sintió llena de ira. Habían tomado todas las precauciones.

Ramón se retiró haciendo una reverencia.

La joven había perdido el apetito. Esa era la verdad.

Mordisqueó un muslo de pollo, pero lo dejó.

Se puso a pasear nerviosa, retorciéndose las manos sobre el estómago. No se resignaba a perder, aun cuando era buena jugadora y desde un principio supo a lo que se arriesgaba.

Ahora parecía que iba a terminar la partida. Sería derrotada.

De súbito sobrevino un cañonazo. Era otra vez el loco de la montaña.

Se produjo un silbido del obús y luego una explosión..

Las paredes se estremecieron y cayó una gran cantidad de polvo del techo.

Sobrevino otro cañonazo. El obús llegó surcando el aire con un

crujido siniestro.
Estalló al fin.
Ellie creyó que volaba por los aires. Fue derribada en el suelo.
Una pared se abatió con una gran polvareda.
La joven lanzó un grito porque pensó que iba a quedar sepultada.
Pero sólo había sufrido unos rasguños.
Se puso en píe de un salto al ver un trozo de calle a través del agujero.
Saltó por entre los escombros en busca de su libertad.
En aquel momento oyó el chasquido de una llave en la puerta. ¡Venían por ella!
Bajó por los cascotes pegando saltos cuando oyó a su espalda la voz de Ramón:
—¡Eh. mi comandante! ¡La espía se escapa!
A lo lejos escuchó las maldiciones de Leopoldo *Rajadura.*
—¡Todos a por ella! ¡Cien dólares de recompensa al que la capture!
Ellie echó a correr por la calle empedrada. No vio a nadie porque los ciudadanos habían corrido a refugiarse al oír el primer cañonazo de la serie.
Dobló un callejón, en el momento en que los soldados la descubrían.
—¡Allí va!
La joven vio otro callejón ante si igualmente desierto. A un lado descubrió dos puertas. Se abalanzó sobre una de ellas, pero estaba cerrada. Lo mismo le ocurrió con la siguiente.
Otra vez la iban a atrapar sin remisión.
Miró a la izquierda. El muro era demasiado alto para que ella lo pudiese saltar.
Estaba perdida.
De pronto algo surcó por el aire y se sintió atrapada por la cintura.
Era una cuerda.
Alguien tiró de ella y sus pies se levantaron del suelo. Miró arriba y vio a aquel hombre compatriota suyo. Dick Caldwell. Le había echado el lazo desde un balcón, en la parte trasera del local de Rosita.
Caldwell la izó imprimiendo mucha velocidad a sus brazos.

Por fortuna la joven era una pluma.

Llegada arriba. Dick la empujó dentro e inmediatamente cerró el balcón.

Ambos permanecieron a la escucha.

Los soldados corrían por el callejón.

—¡Ha doblado hacia la izquierda! —oyeron la voz de Rajadura.

El eco de los pasos se fue perdiendo a lo lejos.

—Gracias, señor Caldwell —dijo Ellie.

—Al parecer, juego un papel muy importante en su vida cada vez que se encuentra en un apuro, y mi misión consiste en salvarla.

—Estoy muy satisfecha de que así sea.

—Ya va siendo hora de que me dé un premio que valga la pena.

—Cierre los ojos y le daré un beso.

—Oh. sí, tu besito en la mejilla.

—Quizá esta vez me anime a dártelo en otro sitio.

—No, ricura. Preferiría otra cosa.

Ella inspiró profundamente.

—Recuérdalo, calamidad. Soy una mujer decente.

—No iban por ahí mis tiros. Me refería a un premio especial.

—¿Cuál?

—Una explicación. ¿Por qué tiene tanto interés Rajadura en echarte mano?

—¿No está a la vista? Los hombres son como monstruos cuando la pasión se enciende en ellos.

—De modo que Rajadura está enamorado de ti…

—Lo expresarías mejor si dijeses que está loco por mis huesos…

—Claro, tú eres una muchacha capaz de infundir el más terrible amor.

—Eso es, ni más ni menos, lo que le ha pasado a nuestro comandante. Pero te aseguro que yo no he hecho nada por alimentar la hoguera.

—No te creo una palabra.

—¿Eh?

—Ya lo has oído. Ni una palabra. Ellie… Eres una chica lista. Admito que se la puedes pegar a ciertos tipos, pero conmigo no te vale.

—No te comprendo.

—Me vas a comprender en seguida, preciosa. Nuestro buen

amigo Leopoldo no es hombre que te perseguiría con tanta saña con el simple deseo de besar tu linda mano. Debe haber algo más.

—No sé qué pueda haber.

—Yo te lo diré, Ellie. Existe otra cosa. El oro.

—¿El oro? —repitió Ellie con su expresión más candorosa.

—No te hagas de nuevas, pequeña. Ya te he dicho que tus trucos no te valdrán en esta ocasión…

—Hasta la vista, calamidad —dijo la joven y se retiró hacia la puerta, pero Dick dio dos zancadas y se le puso delante.

—¿Por qué tanta prisa? ¿No recuerdas a tus perseguidores? Don Leopoldo siente mucho interés por acariciar tu linda piel…

—Procuraré que no me cace.

—Quizá la próxima vez no esté tan cerca de ti para echarte una mano como ha ocurrido con anterioridad.

—No te necesito.

—Yo creo que sí… Estás sola… Y ese oro jamás lo podrás transportar tú sola.

—¿Cómo sabe que estoy sola?

—Es la mar de sencillo. Ha llegado a mis oídos que seis hombres fueron ajusticiados por Rajadura. Esos seis hombres iban contigo. Este es un pueblo muy pequeño, y si uno tiene interés en conocer algún secreto, basta con invertir muy poco dinero para lograrlo. Soborné a uno de los soldados de Rajadura y me contó la historia. Don Leopoldo quería apoderarse de ti porque eres el patrón de esos seis hombres.

Ellie entornó los ojos.

—Eres un muchacho muy activo.

—El que te conviene.

—Lo siento, calamidad, pero no puedo admitir tu oferta.

—¿Por qué no? ¿Qué hay de malo en ella?

—Eres un truhán, un aventurero…

—¿Y qué eres tú, nena? Y por favor, no me respondas que eres una hermanita de la caridad, a quien la guerra obligó a colgar sus hábitos.

—No, no te lo voy a decir porque no sería verdad.

—Muy bien, ábreme tu pecho.

—Búscate a Rosita.

—Celosa, ¿eh? ¿Por qué no dejamos las rencillas familiares a un

lado?

—No tengo nada que hablar contigo, Caldwell.

—¿Crees que te he salvado la vida tres veces para que me plantes, Ellie?

—Muy bien, dame tu dirección y en cuanto pueda te mandaré unos dólares a cambio de los servicios prestados.

La joven dio un empellón a Dick y fue a abrir la puerta, pero él se revolvió y la retuvo.

—No te vas a marchar de aquí sin cantar, nena.

—No, ¿eh?

De pronto, le disparó un puntapié a la espinilla.

Dick lanzó un aullido, danzando a la pata coja.

Ellie aprovechó la oportunidad para huir y escapar, pero Dick pegó un rodillazo a la puerta cerrándola. Pilló los dedos a la joven, la cual lanzó un alarido.

Ellie se revolvió soltando un izquierdazo al mentón de Dick. Este vio avanzar el puño y dobló ligeramente la cabeza.

Recibió el golpe en el cuello.

Pero logró asir la otra mano de Ellie y dio un tirón de ella.

Ambos perdieron el equilibrio y cayeron en el suelo.

Ellie le intentó pegar una tarascada en la cara, pero Dick la detuvo cuando sus uñas estaban muy cerca de su piel.

—¿Quieres estarte quieta, guapa?

—No consentiré que me atropelles. Tengo mi dignidad.

—Déjate de palabras rimbombantes.

Ellie contestó soltándole un rodillazo en el estómago.

Dick expulsó el oxígeno que contenían sus pulmones, pero no la dejó libre.

—¡Suéltame, maldito!

El la aferró fuertemente por los brazos manteniéndola inmóvil con ayuda de sus rodillas.

—Escúchame bien. Nunca podrás lograr lo que te propones, apoderarte de ese oro. Rajadura es un tipo peligroso y tiene a su disposición hombres que lo obedecen ciegamente. No vacilará en quitar de en medio a quien se interponga en su camino. Y él también quiere él oro.

—¿Para qué quiere el oro?

—Ese tesoro no pertenece a nadie desde el momento en que

Maximiliano fue derrotado y fusilado en Querétaro. Es del primero que lo atrape. Somos muchos los que vamos detrás de esos lingotes. Ahora te ofrezco la oportunidad de que seas tú quien eche mano a las barras, pero nunca podrás hacerlo sin mi ayuda.

La joven permaneció un rato pensativa.

—Está bien, Dick.

—¿Qué quiere decir está bien?

—Que te admito como socio.

—No me gustaría que me engañases.

—No pienso hacerlo.

—Será mejor que cumplas tu palabra.

—Deja ya los sermones y quítame la zarpa de encima.

Ambos se pusieron en pie.

—¿Dónde está el oro? —inquirió Dick.

—Lo tiene Rajadura.

Caldwell abrió y cerró el puño derecho.

—¿Qué te propones? ¿Qué te pegue?

—No seas estúpido. Lo tiene Rajadura, pero él no lo sabe. El oro está en el polvorín del cuartel, en un subterráneo.

—¿Cómo llegó a parar allí?

—Es la mar de sencillo, hombre listo. Esta ciudad estuvo en poder de los hombres de Maximiliano antes de que llegasen los de Juárez... Don Timoteo Baquedano se dio cuenta del espíritu de derrota que había entre sus hombres. Guardaba el oro en su casa y él pensó que cuando llegase el momento de la desbandada, sus propios muchachos tratarían de rebanarle el pescuezo para apoderarse del oro. Por ello decidió sacarlo de su casa y transportarlo a otra parte donde estuviese más seguro... No sabía adónde llevarlo, pero dos días antes de que el pueblo fuese tomado por las tropas de Juárez, se le ocurrió la gran idea. El cuartel había sido abandonado por las tropas del emperador. Había quedado vacío. ¿Por qué no esconderlo allí? Sería el sitio más seguro. Tenía en cuenta la ambición de las personas y que muchos estaban enterados de la existencia de los lingotes. Hizo una visita al cuartel observando las dependencias. No encontraba ninguna adecuada hasta que llegó al polvorín. Los fugitivos lo habían dejado repleto de municiones. El polvorín se compone de varias dependencias, verdaderas cuevas que fueron hechas hace muchos años perforando la roca. Están llenas de obuses,

pólvora y dinamita. Timoteo Baquedano apartó algunos cajones en una de las cuevas, la más profunda que encontró, y cavó en el suelo. En aquel agujero enterró los lingotes. Luego cubrió el hoyo y puso encima las cajas. Pensó que ni en un millón de años podrían encontrar su escondite… Ahí lo tienes todo.

—Eh, nena, un poco más despacio.

—¿Qué te pasa? ¿Es que no me crees?

—¿Quién me asegura que todo eso no es un cuento?

—Te estoy diciendo la verdad.

—Quizá se te haya ocurrido meterme en la boca del lobo como único medio de librarte de mi.

—Al único que engañé fue a Leopoldo.

—¿Qué le dijiste?

—Que el oro era defendido por el loco. Sus soldados me atraparon cuando me dirigía al monte.

—¿Y a qué ibas allí?

—Sé quién es el tipo que está en el monte con el cañón. Joe Huxley. un ferviente partidario de Maximiliano. Se quedó allí en la montaña jurando que acabaría a cañonazo limpio con toda la gente de Juárez. Quería hacerle una proposición.

—¿Qué proposición?

—Que bombardease el cuartel de Leopoldo, pero tenía que hacerlo seguido, disparando un obús tras otro. En la confusión, yo me metería en el cuartel y atraparía el oro.

—Tú sólita, ¿eh? ;Qué graciosa eres…!

—Los soldados estarían metidos en los refugios.

—¿Crees que los obuses respetarían tu vida por el simple hecho de estar en combinación con Huxley?

—Tenía que correr el riesgo.

—Eres muy valiente.

—Por ese oro soy capaz de correr todos los riesgos. ¿Sabes cuál es su valor. Dick?

—Dilo tú.

—Cincuenta mil dólares.

—Un buen pellizco, pero no me distraigas, nena. Todavía tengo que hacer la más importante pregunta de todas.

—Acaba de una vez con las suspicacias.

—¿Cómo te enteraste de la historia de Timoteo Baquedano?

Ellie quedó unos instantes en suspenso.

—Contesta —apremió Dick.

—Me lo confesó el propio Baquedano antes de morir. Huíamos juntos a través de las montañas. De pronto, calmos en manos de unos revolucionarios. Había entre ellos uno que conocía a Baquedano. El jefe de la pandilla ordenó su fusilamiento. Por fortuna, aquellos tipos no conocían la historia de Baquedarzo y el oro. De lo contrario, lo habrían hecho cantar. Baquedano pidió una merced, que lo dejasen comer porque tenía mucha hambre. El jefe de la pandilla encontró aquella idea muy divertida diciendo que a los pavos se les engorda antes de acuchillarlos. Lo cierto es que Baquedano y yo fuimos encerrados en una choza. Baquedano me dijo que se le había ocurrido lo de la comida para hacerme una confesión muy importante. Fue entonces cuando me colocó la historia del lugar donde había escondido el oro. Dijo que ya que no iba a ser para él que fuese para mí, si es que tenía el suficiente valor y la suerte de retirarlo del lugar en que se encontraba. Poco después, Baquedano fue fusilado y yo aproveché aquel momento para escapar. Dieron la alarma y salieron en mi seguimiento, pero yo había atrapado una buena montura y pude abrirme paso por aquellos montes. Pasé muchas calamidades, pero al fin di vista a río Bravo y pude pasar a nuestro país. Dejé transcurrir un tiempo para que los ánimos se calmasen un poco, aunque cada día sentía más deseo de tener el oro. Yo tenía una casa en Alegrito, Texas. La vendí porque, naturalmente, para llevar a cabo un plan como el que me había propuesto, tendría necesidad de dinero y unos cuantos hombres que me ayudasen. Decidí ir a Nogales. Fue allí donde contraté a seis hombres. Les dije que les pagaría bien, pero no les hablé del negocio de que se trataba. Nunca les habría comunicado la noticia, a menos que hubiesen descubierto algo de la verdad.

—Supongamos por un momento que te admito esa historia extraída del libro de *Las mil y una noches,* ¿cómo pensabas introducirte en el cuartel de Leopoldo? Y no vuelvas a decirme que te iba a ayudar el loco con su cañón.

—No seas tonto, Dick. Yo no podía pensar en semejante cosa. Existe un pasadizo para llegar al polvorín.

—Una entrada secreta, ¿eh?

—Estaba cerca de ella, cuando me prendieron los soldados. No se

trata realmente de una entrada secreta, puesto que Leopoldo conoce su ubicación y la tiene guardada por centinelas. Está en la parte trasera del cuartel, en la ladera de la colina de Los Dos Juanes... Mis chicos habrían quitado de en medio a los centinelas y nos habríamos abierto paso hasta la cueva donde se encuentra el tesoro.

Dick se tiró del lóbulo de una oreja.

—No está mal.

—Hemos de contratar hombres para que nos ayuden.

—Ya los tengo.

—No quiero saber nada de ciertos tipos que se llegaron a Rincones, y que por lo que he oído, te conocen. Uno es cierto rubio llamado Henry.

—No te preocupes, no me refería a ellos.

—¿Quiénes son?

—Jonathan Ponte, un abuelo con mucha sal, y un mexicano, un tal Miguel.

—¿Crees que seremos bastantes?

—Siempre he tenido presente que en un negocio que se juega la vida, cuantos menos compartan el riesgo, más posibilidades existen de salir airosos de la prueba.

—Corriente, Dick. ¿Cuándo daremos el golpe?

—Esta noche.

Ellie observó atentamente a Caldwell.

—¿Por qué?

—Imagino que el comandante estará haciendo los preparativos para atacar al loco de la montaña. Eso dejará un poco desguarnecido el cuartel, ¿lo entiendes, nena? Creo que se te ocurrió una buena idea al decir a Rajadura que el loco guardaba el oro.

—Todo el mundo que me conoce dice que soy una mujer extraña porque sé utilizar la inteligencia.

—Ya sólo falta que me informes respecto a un aspecto de la cuestión.

—¿Cuál?

—¿Por qué infiernos te viste metida en el lío de Baquedano, la guerra de México y todo lo demás?

—Yo tenía una amiga. Se llamaba Martha Smith. Era la esposa de Baquedano. Martha me invitó a pasar una temporada con ellos en México y eso ocurrió justamente un par de meses antes de que la

guerra diese un cambiazo en favor de Juárez. Martha estaba muy enferma. Me dijo que me marchase a nuestro país, pero no podía abandonarla. Martha murió una semana antes de que Rincones cayese en poder de Juárez. Luego, ya fue demasiado tarde para emprender el viaje. Todos los caminos estaban interceptados. Baquedano dijo que debía quedarme. Como ciudadana norteamericana no me podía ocurrir nada. En fin, los sucesos se fueron complicando. Lo demás ya lo sabes…

—Eres una chica ambiciosa, ¿eh, nena?

—Sí, lo soy, pero tengo muy en cuenta que ese oro no tiene dueño.

—Claro que lo tiene. Será nuestro. ¿Conformes. Ellie?

Ella asintió con la cabeza y él dijo:

—Hemos de esperar un poco a que se haga de noche para ir en busca de nuestros muchachos y del oro. Faltan dos horas. Será mucho tiempo. Ellie.

Dick la besó en la boca.

Los brazos de ella permanecieron quietos un rato, pero luego sus manos se fueron levantando poco a poco y acabaron rodeando el cuello de Caldwell.

CAPITULO XII

Jonathan Ponte y el mexicano Miguel jugaban a las damas.

El abuelo se encontraba en una situación muy comprometida. Miguel estaba a punto de ganarle el juego.

—¿Qué es aquella mancha? —dijo Jonathan mirando a espaldas del mexicano.

Miguel volvió la cabeza y Jonathan aprovechó la oportunidad para mover una de sus fichas.

—Sólo es una sombra —contestó Miguel.

Jonathan empezó a saltar con su ficha recorriendo todo el tablero.

—Esta me la como, ésta me la meriendo y a ésta la madrugo...

A Miguel no le quedó una sola ficha. Estaba con la boca abierta.

—Eh, ¿cómo lo ha podido hacer, señor Ponte? Juraría que yo me encontraba en mejor posición que usted...

—Eso es lo que te ha hecho perder, Miguel. El exceso de confianza.

—¿Usted cree?

—Seguro, amigo mío... En la vida hay que estar atento a todo, no descuidarse...

En aquel momento llamaron a la puerta y los dos hombres se levantaron de un salto arrojando el tablero al suelo.

—¿Quién es, Miguel? —preguntó Jonathan con voz temblorosa.

—Seguro que son los soldados de Rajadura... Y eso que prometí una vela a san Telesforo, patrón de los refugiados y perseguidos.

Jonathan bailoteó nervioso, buscando una salida de la choza en la que se encontraban, pero sólo había una puerta, justamente en la que habían llamado.

—Abre, Miguel —dijo la voz bien timbrada de Dick Caldwell—. Sé que estáis ahí.

Jonathan estuvo a punto de desplomarse.

Miguel rió mientras se dirigía hacia la puerta.

—¿No se lo dije…? Este era un buen escondite.

—No será tan bueno cuando Dick lo ha descubierto. A él no le dijimos dónde nos esconderíamos.

Miguel abrió la puerta y Dick pasó al interior.

—No te calientes la cabeza, abuelo. Me gasté dos dólares en preguntar a un muchacho que conoce a Miguel.

Jonathan corrió al lado de su amigo.

—Nos vamos ya de este país, ¿verdad, Dick? Seguro que tienes los caballos preparados a la puerta.

—Claro que si, Jonathan. Nos iremos.

—Siempre me ha gustado tu sensatez, Dick.

—Esta misma noche iniciaremos un viaje hacia río Bravo, pero antes hemos de hacer un negocio.

Jonathan entornó los ojos.

—¿Qué negocio?

—Nada de importancia. Es un trabajo la mar de sencillo.

—Dilo de una vez. ¿De qué se trata?

—Tú, Miguel y yo entraremos en el cuartel de Rajadura.

Jonathan y Miguel miraron a Dick con los ojos extraviados. Ninguno de ellos podía articular palabra.

—Echame el aliento, Dick —dijo Jonathan.

—No, no estoy borracho.

Jonathan corrió hacia la puerta.

—¡Hasta la vista! Te esperaré en El Paso.

Dick dio un salto y atrapó a Jonathan por el brazo.

—¡Déjame! —chilló el viejo—. ¡No tienes derecho a entregarme en manos de Rajadura! Si te encontrabas en la mala, pudiste pensar otra forma para lograr plata… ¡Me has traicionado, Dick!

—Debería pegarte un revés por decir esas cosas, Jonathan. No he traicionado a nadie. Vamos a entrar en el cuartel de Rajadura para echar mano a unas cuantas barras de oro que están allí escondidas.

—¿Oro…? —repitió Jonathan, haciendo un gallo.

—Si, Jonathan. Están escondidas en el polvorín. Entraremos por una puerta secreta que hay detrás del cuartel, aunque desde luego está vigilada.

Miguel movió la cabeza a derecha e izquierda.

—Le agradezco mucho que haya pensado en mi., pero yo renuncio desde este momento a formar parte de la pandilla.

—¿Por qué, Miguel?

—Soy un condenado cobarde, señor Caldwell. No tengo el más pequeño valor para acometer una empresa por insignificante que sea… Puede escupirme, señor Caldwell, está usted en su perfecto derecho, y hasta le permito que me aplaste porque soy un insecto…

—Todos los hombres somos cobardes hasta que nos enfrentamos con un riesgo de muerte. Esa es la mejor prueba para dar la valía de cada uno.

—Lo siento, señor Caldwell, pero ya he hecho muchas pruebas, y ninguna ha servido de nada. He invocado muchas veces a Sasan Valeriano, patrón de los tipos con agallas —sacudió la cabeza—, Pero, al parecer, yo no estoy predestinado a hacer nada que merezca figurar en la historia.

—Oye, Miguel —dijo Dick poniéndole una mano en el hombro—. Tampoco yo pasaré a la historia por mucho que haga… Soy un ser insignificante. Pero eso no nos debe importar. ¿Qué prefieres? ¿Seguir siendo en este pueblo un perseguido, un tipo a quien Rajadura apalee cada vez que lo ve? Ahora se te ofrece la oportunidad de ser alguien… Una parte del oro será para ti, Miguel.

—¿Es eso cierto, señor Caldwell?

—Seguro.

—Demonios, podré comprarme un traje nuevo.

—Algo más que un traje; una casa, ser un hombre importante donde quiera que vayas…

—Aceptado, señor Caldwell. Puede contar conmigo.

—Conmigo no —dijo Jonathan y apuntó con un dedo a Dick—, No me convencerás, ¿lo oyes? Conozco tus trapicheos. Siempre te metes en los mayores líos… Y da la casualidad de que cuando eso ocurre, huelo a pólvora… ¡Y me largo!

—Muy bien, si tú lo quieres…

—Os deseo mucha suerte en encontrar el oro.

—Gracias, Jonathan.

—Hasta la vista, amigos —se despidió el abuelo y puso una mano en el tirador de la puerta.

—Ah, Jonathan —dijo Dick rascándose el cogote—. Se me olvidaba decirte que Rajadura descubrió ya lo de las perlas negras.

—¿Eh?

—Se presentó en casa de Rosita cuando yo estaba con ella.

Quería cobrar tu piel. Ha dado orden a todos sus soldados de que te busquen… Los caminos están interceptados. Habló algo de colgarte de los tobillos y meterte la cabeza en un cubo de agua.

Jonathan desorbitó los ojos.

—Me estás engañando.

—No, Jonathan.

—¡Mientes para obligarme a que me quede! ¡Sólo pretendes que colabore contigo!

—No, Jonathan. No es eso. Te juro que Rajadura descubrió tu fraude y que tiene ganas de echar una parrafada contigo.

Jonathan dejó colgar los brazos como si se hubiese desinflado.

Dick se llegó a su lado y le palmeó la espalda.

—Quedas admitido. Jonathan —dijo.

* * *

Don Leopoldo *Rajadura* escupió imprecaciones por su boca, entremezcladas con un hueso de aceituna.

—¿Cómo se ha podido escapar esa muchacha? ¡Sois una pandilla de estúpidos!

Los soldados estaban alineados frente a él. Don Leopoldo paseaba de un extremo a otro de la fila.

—Debería ordenar ahora mismo vuestro fusilamiento… —se detuvo—. Sí, ¿por qué no lo hago?

—Porque es usted muy macho, don Leo —dijo uno de los soldados, que quería congraciarse.

—¿Cuál es tu nombre?

—Fernando Choperal, mi comandante, y pertenezco a una familia de héroes.

—¿De veras?

—Mi abuelo murió por el plomo, mi padre murió por el plomo… En el pueblo de Los Casquetes, de donde soy, a la familia nos conocen por un apodo. Somos Los Plomeros…

—Muy bien, Fernandito —cabeceó Leopoldo—. Te voy a dar una oportunidad para que puedas sentirte orgulloso. Serás un digno Plomero… ¡Que lo fusilen!

Fernando Choperal dio un paso al frente.

—¿Puedo decirle una cosa, mi comandante?

—Dilo, hijo, dilo.

—Es usted el mayor bastardo que me he tropezado en mi vida. Eso se lo digo respetuosamente, mi comandante. Ya terminé... Siempre a sus órdenes, hijo de perra.

Fernando Choperal dio media vuelta y salió marcialmente, acompañado por otros dos soldados que estaban junto a la puerta.

Leopoldo se había puesto rojo de ira al oír a Choperal.

—¡Fuera todo el mundo! —gritó.

Sus soldados se apresuraron a marcharse. Sólo quedó Ramón.

—¿Has oído a ese tipo, Ramón?

—Sí, mí comandante, lo he oído.

—Tendré que imponer la disciplina otra vez a sangre y fuego. Sí, Ramón, de nuevo tendré que hacer una matanza entre mis hombres para imponer mi autoridad.

—Sería emocionante. En Arbolitos liquidó a sesenta y la cosa dio resultado.

—Pero ya pensaremos en eso. Ahora lo que me importa es el oro.

—Sí, señor.

—Hemos de atacar a ese loco del cañón. Hay que desalojarlo de allí.

—¿Pero cómo lo va a hacer, mi comandante? Ese hombre se encuentra en un lugar privilegiado.

—¡Al diablo!

—Fueron sus propias palabras, mi comandante.

—Tiene que haber un procedimiento... ¡Maldita sea! ¡Piensa, Ramón!

—A la orden, mi comandante. Ya estoy pensando.

Los dos hombres cavilaron durante un rato.

—¿Qué te parece esta idea, Ramón? —dijo Leopoldo—. Nos llevamos a cuatro mujeres, las mejores que encuentres en Rincones, y le decimos a ese loco que le cambiamos las cuatro hembras por el cañón.

—Está chiflado. Creerá que pierde con el cambio.

—Sí, tienes razón, pero no se me ocurre otra cosa, maldita sea...

Otra vez se entregaron a profundas reflexiones.

Ramón hizo chascar los dedos.

—¡Ya lo tengo!

—¿A qué te refieres?

—Hace unos días que se me ocurrió una visita al polvorín, mi comandante. ¿Sabe lo que encontré en una de las cuevas?

—Municiones y telarañas. Es lo único que hay en esas cuevas.

—En una de ellas encontré dinamita.

Los dos se miraron. En la cara de Ramón había una sonrisa de triunfo.

Don Leopoldo estaba muy serio, pero ahora, poco a poco, sus labios también esbozaron una sonrisa.

—Dinamita —repitió—. ¡Infiernos! ¿Cómo no se te ocurrió antes, Ramón?

—Hasta ahora no pensé que ése fuese un buen procedimiento para acabar con el loco del cañón.

—Es la mejor idea que se te ha ocurrido en tu vida.

—Mi comandante, ¿cree usted que con eso he pasado el examen para jefe de su Alto Estado Mayor?

—Ramón, te estás quemando... Un esfuerzo más y el puesto será tuyo.

—Gracias, mi comandante.

—Por ahora, si todo sale bien, te condecoraré delante de la tropa.

—¿Qué medalla me va a dar, mi comandante?

—La de Servicios de la Causa con Triple Colgante.

—Pero, mi comandante, tendré que apoyarme en una muleta. Vi al general Gutiérrez que llevaba esa condecoración. El pobre estaba tan orgulloso de ella que no se la quitaba ni para dormir. Ha acabado jorobado...

—Pero tiene la ventaja de que, si vienen malos tiempos, podrá venderla como chatarra. Siempre hay que pensar en el futuro, Ramón.

—Si, mi comandante. Me ha convencido.

—Ahora vamos a ocuparnos de la dinamita —soltó una carcajada —. Esta vez ya le quedan muy pocos obuses que soltar al loco de la montaña.

Como si el loco le hubiese oído, se oyó un cañonazo.

Rajadura y Ramón se arrojaron a tierra porque el obús silbó cerca. Por fortuna para ellos, estalló lejos.

CAPITULO XIII

El centinela se paseaba por delante del pasadizo que conducía al polvorín, en la parte trasera del cuartel.

Terminó su viaje de ida, se detuvo y dio la vuelta.

En ese momento algo golpeó su cabeza.

Todo lo vio negro y se desmayó.

Dick Caldwell hizo una señal con el brazo.

El viejo y Miguel se acercaron. A Jonathan le temblaban las piernas y Miguel daba diente con diente, aunque hacía una noche calurosa.

—¿Por qué no os serenáis? —dijo Caldwell.

Jonathan y Miguel miraban en su derredor.

Reinaba una oscuridad casi absoluta porque el cielo se había nublado cubriendo la luna.

—Dick —dijo Jonathan—, ¿Por qué diablos no nos largamos ahora que podemos?

—Nos propusimos llegar al interior del polvorín y es lo que vamos a hacer. ¿Por qué habéis de tener tanto miedo? Ya hemos dejado fuera de combate al centinela, que era quien nos podía molestar. El camino está libre.

—Por san Secundino, protector de los inocentes —gimió Miguel —. Yo también pienso como Jonathan, señor Caldwell. Tengo la impresión de que si entramos, nunca volveremos a salir por nuestro propio pie.

En aquel momento algo se movió a la izquierda.

Jonathan y Dick se dejaron caer al suelo, pero Miguel se quedó quieto como una estatua.

—¡Hemos sido descubiertos! ¡Huyamos!

Jonathan hubiese echado a correr si Dick no lo hubiese detenido.

Una sombra emergió de la oscuridad y Miguel cruzó los dedos sobre el pecho.

—¡Es un fantasma...!

—Un fantasma de carne y hueso —se levantó Dick al ver aparecer a Ellie Weston.

—Hola, muchachos —saludó alegremente la joven.

El viejo se puso a reír.

—¡Dios mío, se me encogió la camisa!

—¿Qué haces aquí, Ellie? —preguntó Dick con brusquedad.

—Vine a ayudaros.

—Te dije que te quedases en mi habitación de la casa de Rosita.

—Sí, eso es lo que tú dijiste, pero debiste suponer que no te obedecería.

—¿Por qué no?

—¿Llegaste a pensar que te iba a dejar solito con el oro?

—He sido un estúpido al imaginar que podrías depositar tu confianza en mí.

La joven mostró un revólver en la diestra.

—Yo formo parte de la pandilla. Tengo derecho al oro y sabré ganármelo.

—Ya te ganaste tu parte informándome del lugar donde se encontraba. Tu presencia sólo nos puede traer complicaciones.

—No te preocupes, sabré obedecerte, jefe.

Dick soltó una maldición y se agachó sobre el centinela, al que ató y amordazó con cuerdas que llevaba al efecto.

La joven se acercó a la puerta e intentó abrir.

—¡Oh, Dick...!

—¿Qué pasa?

—Está cerrada con llave por dentro...

Jonathan se movió nervioso.

—Bueno, lo intentamos, pero fracasamos. Es una satisfacción... Siempre recordaremos esto como un caso de mala suerte... Vamos, Miguel.

—Sí, señor Jonathan, o llegaremos tarde al novenario que he prometido por conservar la piel.

Dick se puso delante de sus amigos interrumpiéndoles la huida.

—Al que se mueva lo duermo.

—¿Te atreverías a pegarnos, Dick? —exclamó Jonathan.

Caldwell consultó su reloj.

—Hay mucho movimiento de soldados esta noche y es posible que os atrape. En ese caso, no sería difícil que os pusieseis a cantar.

No quiero correr ningún riesgo con vosotros. Disteis vuestra conformidad. Entraremos.

—Pero ya lo oíste a ella. Está la puerta cerrada con llave.

—Ese no va a ser obstáculo que nos detenga —Dick sacó una ganzúa de su bolsillo y se acercó a la puerta.

Trabajó con la ganzúa en la cerradura durante algún tiempo y finalmente se oyó un pequeño chasquido.

—Vamos, todos dentro a excepción de Miguel —dijo Dick.

—¿No quiere que participe en esa fiesta, señor Caldwell? —son rió el mexicano.

—Claro que participarás, pero cada cual tiene asignado su papel. El tuyo consistirá en sustituir a ese centinela.

—¿Es que me va a dejar solo?

—No hay más remedio. Pero no te pasará nada. Atrapa el fusil de ese hombre y empieza a pasear de un lado a otro.

—¿Qué pasará si viene el sargento o el cabo o el teniente…? Me harán preguntas y descubrirán la superchería…

—Hemos tomado todas las precauciones. Este centinela no será relevado hasta dentro de una hora. Mucho antes de que ese momento llegue, estaremos fuera con la mercancía. Pero de todas formas, has de tener los ojos bien abiertos.

—Sí, señor —repuso Miguel tragando saliva.

Dick le pegó una palmada en la espalda para infundirle ánimos.

Luego Caldwell tomó al centinela por los pies y lo introdujo en el pasadizo.

Cuando cerró la puerta, no pudo por menos de sonreír al ver a Miguel que iba de un lado a otro con el fusil al hombro, invocando a todos los santos de su repertorio.

Jonathan y Ellie ya se habían internado por el corredor que estaba iluminado por antorchas y Dick tuvo que darse mucha prisa porque quería ir al frente de la expedición.

Un poco más allá, el pasadizo se doblaba a la izquierda.

Dick asomó poco a poco la cabeza. Había otro centinela que apoyaba las espaldas en la pared, en actitud de estar durmiendo.

Dick fue a dirigirse hacia él, pero se detuvo al oír unos pasos.

Sintió que Jonathan le tironeaba de la chaqueta.

—Vámonos de aquí. Deben ser refuerzos.

—Cierra el pico, abuelo.

Los pasos se fueron acercando. Eran dos soldados que llegaban por el otro extremo.

De pronto sonó una bofetada y un hombre se desplomó.

—¡Estúpido! —dijo una voz altisonante—. Te has dormido.

—Perdone, sargento González, pero no pegué un ojo durante toda la noche...

—Claro que no, pero no fue por culpa del servicio, sino por Pascualita. ¿Crees que no me he enterado? Me pediste permiso ayer para ver a tus ancianos padres, pero era Pascualita quien te estaba esperando.

—¿Cuándo van a ahorcar a todos los soplones...?

—Silencio, Hipólito, o te meto de cabeza en el calabozo.

—Sí, mi sargento. Ya estoy callado, como una tumba.

—No nombres a los muertos aquí, maldita sea.

—Sí, señor, no los nombraré.

—¿Alguna novedad?

—Ninguna.

—Está bien, iremos a ver al centinela que está fuera.

Jonathan estuvo a punto de gritar, pero Dick le cubrió la boca con la mano. El abuelo hizo extraños visajes con los ojos.

Dick levantó el revólver que esgrimía. Aquel sargento y el soldado que lo acompañaba aparecerían de un momento a otro. Se dijo que eso sería la ruina. Tendría que pelear con ellos y todo se vendría abajo.

—No hace falta que vaya a ver a Ruperto, sargento —dijo el soldado llamado Hipólito.

—¿Por qué no?

—Hace un momento que fui a pedirle un cigarrillo.

—De modo que te moviste del sitio.

—Quería fumar para no dormirme.

—¡Estúpido! —dijo el sargento, y sonó otra bofetada.

—Pero si no me dio el cigarrillo, sargento —gimió Hipólito—. Se le había acabado la ración de tabaco... Por eso me dormí...

—Que no vuelva a ocurrir, imbécil.

—No, señor, no volverá a ocurrir... A sus órdenes.

El sargento dio un gruñido y el soldado que lo acompañaba se marcharon por el camino que habían llegado.

Ellie dio un suspiro de alivio.

Cuando el silencio se hubo adueñado del recinto, Dick miró a la joven.

—Has de atraer a ese hombre aquí. Será la única forma de que no dispare su fusil. Hay demasiada distancia y el tipo no se mueve porque está demasiado cansado.

—Sí, Dick, déjalo de mi cuenta.

Ellie se dejó ver en el hueco del corredor.

El soldado Hipólito se había apoyado en la pared. Descubrió a la joven y se quedó pasmado.

Ellie puso un brazo en jarras y movió las caderas.

—Hola, guapo, ¿voy bien por aquí para tomar el baño?

Hipólito se pasó la lengua por los labios.

Era un mujeriego y sabía apreciar el buen género. En un momento al contemplar las medidas de la joven que tenía ante sus ojos, se olvidó por completo de su compañero Ruperto, que debía estar fuera, del sargento González y de todo lo demás.

—Nena, has venido por el sitio justo... La bañera ya está dispuesta —señaló una de las cuevas ante la que prestaba servicio.

—¿Y por qué no has de ser tú el que vengas, rico? Me dan miedo estos pasadizos y necesito alguien en quien apoyarme.

Hipólito tragó saliva y echó a andar.

Justo cuando llegaba, el brazo derecho de Dick entró en acción.

El cañón de un revólver golpeó contra la cabeza de Hipólito, quien se puso a bizquear y finalmente se desplomó en el suelo sin sentido.

Dick amordazó y ató al muchacho como había hecho anteriormente con Ruperto.

—¿Es esa cueva? —preguntó a Ellie cuando se enderezó.

—No. Hay que doblar otros dos pasadizos.

—Pero Dick —exclamó Jonathan—. No podemos ir quitando centinelas de en medio... Al final nos saldrá mal...

—¿Qué otro remedio nos queda? Déjate de lamentaciones y prosigamos nuestro, camino.

Siguieron adelante.

Doblaron por otro pasadizo. Esta vez tuvieron más suerte, el centinela estaba justo a dos pasos de la esquina.

Dick saltó sobre el soldado de turno y lo sumergió en un sueño profundo, como a sus compañeros antes de que pudiera soltar una

exclamación de sorpresa.

Dejaron atrás dos cuevas repletas de municiones.

Dick asomó la cabeza por un nuevo corredor, pero no vio a nadie.

—Tenemos suerte —dijo Ellie—. Es ahí, la primera cueva.

Pero al acercarse a la cueva comprobaron que estaba completamente a oscuras. No había ninguna antorcha para iluminarla.

Dick se apoderó de una de las antorchas del corredor.

Ante sus ojos aparecieron centenares de cajones.

—Tendremos que trabajar fuerte para poder limpiar esto —se lamentó Jonathan—. Nos llevará mucho tiempo en solucionarlo.

—Lo haremos de prisa.

—No habrá ninguna complicación —dijo Ellie—. Baquedano me dijo que había que dar dos pasos a partir del centro de la cueva desde la pared del fondo.

Dick midió la distancia y supo de esa forma el lugar donde debían trabajar.

Luego buscó en la pared un agujero para colocar la antorcha.

—Ellie —dijo a la joven—. Tú te quedas junto a la puerta con el revólver preparado.

—No te preocupes. Dick.

—Vamos, abuelo. Manos a la obra.

Se pusieron a quitar cajones apilándolos junto a una pared.

Al cabo de diez minutos quitaron los dos últimos cajones y apareció el suelo terroso.

—Ya estoy rendido y todavía no hemos empezado a cavar —dijo Jonathan.

Dick atrapó el pequeño pico de que iba provisto y se dedicó al trabajo de desenterrar el oro escondido por Baquedano.

De súbito, Ellie soltó un grito.

Dick se volvió, pero tenía las manos ocupadas y no pudo tomar el revólver.

De todas formas, no le hubiese servido. Ellie había sido sorprendida. Un hombre la había atrapado por la cintura mientras con la otra mano le cubría la boca. Era el rubio Henry Stinsson, pero, naturalmente, Henry no estaba solo. Le acompañaban Cecil Kimball *el Nervioso*, Ken Wilbech *Huesos* y Fred Gibson *Gordito*.

Entre los dos últimos se hallaba Miguel con los brazos levantados.

—Hola, chicos —sonrió Henry a Dick—, ¿De faena...?

—Sí, para no perder el tiempo.

—¿Puedo saber qué es lo que hacéis aquí?

—Vinimos en busca de dinamita —Dick señaló los cajones—. Jonathan descubrió un filón de plata en Sierra Nevada, y no teníamos dinero para pagar el explosivo, de modo que decidimos pegar un asalto a este polvorín.

—¡Qué emocionante!

Jonathan se frotó las manos nervioso.

—Habrá una parte para ti, Henry.

—Hacía mucho tiempo que no te veía, abuelo.

—Anduve por California... Hermoso país... Tenías que verlo.

—Gracias por el consejo. Justamente estaba pensando en que cuando termine el negocio que me retiene en Rincones, me iré a California... Lo tuyo es la plata, ¿eh, Jonathan?

—Sí, ya has oído a Dick, un filón muy bueno, aunque está, a mucha profundidad. Necesitamos dinamita.

—Mi filón es de oro.

—Enhorabuena, Henry —dijo el abuelo.

—Y se encuentra en Rincones.

—Caramba, eres un tipo con mucha suerte. Sin salir de esta ciudad te encuentras con la fortuna... ¿En qué lugar se encuentra?

—Aquí.

—¿Aquí?

—Sí, Jonathan, en esta cueva. ¿Verdad, Dick?

Dick apretó las manos sobre el mango del pico.

—Eres un puerco, Henry. Pon tus naipes sobre la mesa de una vez.

—Claro que si, Dick, te voy a enseñar mi juego... Es la mar de bonito... Cuatro ases... ¿Tienes algo mejor que enseñarme tú?

—No, creo que no.

—Eso es lo que siempre me ha gustado de ti, muchacho. Que sabes admitir tu derrota. Pero debo recriminarte algo, Dick, para que te sirva en lo sucesivo.

—¿El qué...? —inquirió Dick con los dientes apretados.

—En esta partida has pecado de ingenuo... Sí, señor. Cuando te separaste de mi en la casa de Rosita diciéndome que ibas a dormir,

debiste suponer que tomaría mis medidas.

—¿Qué medidas tomaste?

—Alquilé la habitación de al lado.

—Y pegaste la oreja a la puerta.

—Dick, eres un muchacho estupendo… Por eso te quiero tanto… Lo aciertas todo…

—De ese modo te enteraste de la historia que me contó Ellie.

—Hasta el último detalle. Ya sabes que tengo un oído fino. No perdí una palabra del bombón.

—¿Por qué entonces no te adelantaste para llegar aquí?

Henry dejó libre a Ellie.

—Pero. Dick, ¿cómo iba a hacer yo eso sabiendo que eras un tipo grande y nos abrirías camino?

Los tres muchachos celebraron con sonrisas la astucia de su jefe.

Dick golpeó el mango del pico con la palma de la mano derecha.

—Tú te llevas el premio porque has sido el más listo, Henry.

—Bravo, muchacho. Así es como me gusta que hables.

—No me has dejado terminar. Sólo te llevarás una parte del botín.

—¿Qué es eso de una parte?

—Todos nosotros estamos metidos en este asunto. Nuestra vida está en juego. Sacaremos el oro de aquí y nos largaremos juntos. Luego haremos dos mitades. Una será para nosotros.

Henry movió la cabeza en sentido negativo.

—No. Dick. Todo será para nosotros.

CAPITULO XIV

—¿Crees que eso es comportarse bien, Henry? —dijo Dick.

—Tú eres mi amigo, Dick, pero ya sabes cuál es mi opinión acerca de los intereses… Nunca se debe mezclar el dinero con la amistad. Esos lazos indisolubles de afecto que nos unen terminarían por romperse y yo quiero seguir siendo tu amigo, Dick. Por eso, para que no se interponga ninguna nube entre nosotros, nos llevaremos todo el oro.

—¡Es usted un cínico! —exclamó Ellie—. No tiene derecho a llevárselo todo.

—¿Por qué no, dulzura? Soy yo el que manda ahora.

Sus tres hombres tenían el revólver en la mano.

—Nunca habría llegado hasta aquí si no hubiese sido por mí — insistió Ellie.

—Gracias, nena, lo tendré muy en cuenta para cuando estemos lejos. Prometo comprarte un bonito collar para que adorne tu linda garganta. Seguro que así gustarás mucho a Dick. Ya he notado que él te mira con buenos ojos y te advierto que eso es un gran mérito por tu parte.

Henry se echó a reír mientras se dirigía al lugar donde se encontraba Dick. Este levantó unas pulgadas el pico y Henry se detuvo moviendo la mano hacia la culata.

—Cuidado, Dick, no me gustaría descerrajarte un tiro. Soy un hombre agradecido y quiero dejarte con vida. ¿Está claro eso? Pero no vacilaré en liarme a tiros con vosotros si tratáis de oponeros a mis deseos. ¿Me hago entender bien?

—La claridad en la exposición de los hechos ha sido una de tus virtudes, Henry.

—Dame ese pico. Yo terminaré de cavar por ti.

—Como quieras.

Caldwell le entregó el pico.

—Ahora date la vuelta. Dick.

—¿Para qué?
—Para desarmarte.
—¿Lo crees necesario?
—Naturalmente. Eres muy hábil con el revólver. Eso es algo que nadie debe olvidar cuando se enfrenta con Dick Caldwell. Alguno no lo tuvo en cuenta y eso le sirvió para ganarse una hermosa caja de pino... Vamos, rápido, vuélvete de espaldas, si no quieres que uno de mis muchachos te acaricie la espina dorsal con un plomo.
Dick se volvió lentamente y Henry alargó la mano y lo despojó del revólver, que se puso en el cinturón.
Dick se apartó unos pasos dejando su sitio ante el hoyo a Henry, el cual se puso a cavar.
Al cabo de un rato, el pico produjo un sonido metálico.
—Demonios —exclamó Kimball *el Nervioso*—. Ya lo has conseguido, Henry. ¡Es el oro!
—Creo que sí —asintió Henry con una sonrisa.
En aquel momento se oyó un ruido lejano de pasos y todos quedaron alerta.
—¡Son los soldados! —exclamó Miguel—. ¡Y vienen hacia aquí!
—¡Silencio! —exclamó Henry y dobló la cabeza para mejor percibir los sonidos—. Son una docena. ¡Maldita sea...! ¡Apaga esa antorcha, Dick! ¡Es una orden!
Dick apagó la antorcha y la cueva quedó sumergida en las tinieblas. Pero antes de que se hubiese hecho la oscuridad, los tres secuaces de Henry desarmaron a los compañeros de Caldwell.
Aquel lugar quedó de nuevo envuelto en el silencio.
Ahora los pasos se fueron acercando.
De repente oyeron una voz:
—¿Dónde está la dinamita, Ramón?
Era Leopoldo *Rajadura*.
—En la cuarta cueva, mi comandante. Ya estamos llegando.
Dick murmuró cerca de Henry.
—Dame mi revólver, Henry.
—No, Dick. No lo necesitas. Nosotros nos encargaremos de esos tipos.
—No seas estúpido... Vosotros sólo sois cuatro. ¡Devuelve las armas a mis hombres!
—¡A callar. Dick, o te la ganas!

Caldwell se mordió el labio inferior, pero tuvo que callar porque los soldados ya estaban muy cerca.

Oyóse otra vez la voz de don Leopoldo.

—Os dije que el corredor debía estar iluminado por las antorchas.

—Sí, mi comandante —repuso el sargento González—. No lo comprendo.

—¿Qué es lo que no comprendes?

—Esa antorcha estaba allí hace un rato... Diablos, tampoco veo al centinela...

Cecil Kimball, Ken Wilbech y Fred Gibson, sin que hubiese mediado ninguna orden por parte de Henry, salieron de la cueva con las pistolas por delante.

—¿Qué hacen esos locos? —dijo Dick.

Pero ya era demasiado tarde.

Ken, Fred y Cecil dispararon.

Se produjeron aullidos de muerte, pero la réplica de los soldados no se hizo esperar y los tres socios de Henry se estremecieron al recibir en su cuerpo raciones de plomo.

Los tres quedaron en el suelo, inmóviles.

—Estúpidos —dijo Caldwell.

Henry se echó a reír.

—A más tocaré.

—¿Cómo va a salir de aquí, gran hombre?

En el corredor se dejó oír otra vez la voz de Rajadura.

—¿Cuántas bajas ha habido?

—Cuatro soldados muertos y dos graves... —contestó el sargento —. Demonios, ¿qué hacían esos tipos ahí?

—Los conozco —dijo el comandante—. Son los sujetos que acompañaban al gringo rubio llamado Henry.

—Ya entiendo, el rubio debe estar dentro de la cueva. Se llegaron aquí para robar las municiones.

—¿Está usted ahí, Henry? —preguntó Rajadura.

Dick pegó con el codo a Henry.

—Contéstale. Quizá podamos salir de ésta.

—Sí, mi comandante, aquí me tiene —contestó Henry en voz alta.

—Sus tres hombres han caído ya. ¿Quiere que le llegue el turno?

Entréguese.

—¿Qué voy a ganar con ello?

—Prometo respetarle la vida.

—Su palabra me merece el mismo crédito que la de una mujer coqueta.

El comandante soltó una risotada.

—Ha tenido gracia, Henry, pero no puede elegir y le aseguro que cumpliré lo prometido. Usted tuvo un mal deseo al tratar de llegarse aquí por municiones.

Dick pegó otra vez con el codo a Henry.

—Entrégate.

—Y un cuerno. Dame el revólver y nos abriremos paso a tiros.

—¿Con el oro?

—Claro que sí, con el oro. Dile que estás de acuerdo, que te entregarás y que vas a salir.

—No, Dick. No me gusta. Tú esperas que al salir yo se marchen los tipos conmigo. Luego tú atrapas el oro y te largas dejándome en la estacada.

En aquel instante se oyó un vozarrón a su espalda,

—¡Todo el mundo quieto! ¡Hay seis fusiles que le apuntan!

Henry fue a girar con el revólver, pero Dick lo detuvo y eso le salvó la vida.

Por detrás de ellos, junto a un rincón, se había abierto un agujero. Dick no se había enterado de que existía debido a la oscuridad que reinaba en aquel lugar.

Vieron a seis soldados al frente de los cuales iba un sargento. Otro hombre había aparecido por detrás de ellos con una antorcha en la mano.

—¡Revólveres fuera! —tronó González.

Henry abrió la mano dejando caer el Colt.

—¡Mi comandante! —dijo el sargento González—. Ya puede venir. Atrapé a los pájaros.

Se oyó ruido de pasos y en la entrada de la cueva aparecieron el comandante Rajadura, Ramón y otros tres soldados.

Los ojos de Rajadura se iluminaron al ver la escena.

—Infiernos, ésta es la mejor reunión social a la que yo podría asistir esta noche... Todos mis amigos se han congregado para este acontecimiento... La espía, el condenado gringo, el viejo que vende

las perlas falsas, y el truhán de Miguel...

Dick esbozó una sonrisa.

—Nos dijeron que hoy era su cumpleaños.

—Le dieron la información equivocada., señor Caldwell. Faltan tres meses para que yo apague las velas de la tarta. ¿Para qué se llegaron aquí?

—Usted lo sabe ya: por municiones.

—Ahora no lo creo.

—Eh, comandante —dijo el sargento—. Hicieron un claro entre los cajones y cavaron un agujero...

El comandante entró en la cueva y miró el lugar que el sargento había descubierto.

—¡Ramón! ¡Atrapa ese pico y sigue cavando!

—Si, señor. Ahorita mismo...

Ramón tomó el pico y ahondó en el agujero. Dos o tres veces sonaron golpes metálicos.

—Echenme una mano —dijo interrumpiendo su labor—. Aquí hay un cofre.

Entre uno de los soldados y Ramón sacaron el cofre del agujero.

—Abrelo, Ramón —ordenó Rajadura.

—Hay un candado y no tengo la llave.

—Rómpelo con el pico.

Ramón obedeció y finalmente abrió el cofre.

Ante los ojos de todos aparecieron las barras de oro de que había sido depositario Timoteo Baquedano.

—No puedo creer mi suerte —exclamó Rajadura—. Esto es asombroso, aunque ya empezaba a sospecharlo cuando los vi a todos reunidos... ¡El oro!

—Bueno, comandante, ya lo tiene —dijo Dick.

—Sí, señor Caldwell, está en mi poder.

—Nosotros se lo hemos proporcionado, de modo que lo menos que puede hacer es dejarnos en libertad.

—No, no voy a hacer tal cosa. Todos ustedes van a morir por una razón muy simple. Los necesito muertos para saber que jamás tratarán de apoderarse de lo que contiene ese cofre... Van a morir ahora mismo, dentro de unos minutos, en cuanto subamos al patio. Allí serán fusilados.

Dick movió la mano hacia Henry para apoderarse el revólver que

tenía en el cinturón, pero el propio comandante le quitó la idea de la cabeza apuntándole al estómago con un Colt.

—No haga eso, señor Caldwell, a menos que quiera morir antes que sus compañeros. Y no me vuelva a hablar del general Gómez. Sé que él no le conoce.

Ya no hubo oposición.

El comandante ordenó a Ramón y los otros soldados que transportasen el cofre.

Poco después se ponían en camino para salir del subterráneo. Los prisioneros fueron vigilados estrechamente por los soldados.

Salieron al patio que estaba iluminado por las antorchas.

—¿Le llevo el cofre a su despacho, comandante? —preguntó Ramón.

—Se me ocurre una idea. Estos traidores morirán teniendo ante sus ojos las barras de oro que tanto deseaban. Abre el cofre para que lo vean, y ustedes, arrímense al paredón.

El muro al que se refería estaba mordido por las balas.

Miguel gemía por lo bajo.

—San Alejo, patrón de los individuos que se encuentran a punto de ser fusilados, sólo me puedes salvar tú con un milagro.

El pelotón ya estaba formado.

Dick tomó a Ellie por la mano. Los dos se miraron.

—Lo siento, nena, pero las cosas no salieron como yo pensaba.

—Dick, tengo una extraña impresión y no es debido a la muerte… Dios mío, acabo de descubrirlo… ¡Estoy enamorada de ti!

—Ellie, es maravilloso… Creo que yo también estoy enamorado de ti…

Ella le echó los brazos al cuello y lo besó en la boca.

El comandante soltó una risotada.

—¿Visteis alguna escena igual, muchachos? El gringo y la espía nos alegran el ajusticiamiento con una escena de amor… Bravo, muchachos, sigan así y es posible que no sientan las balas.

Jonathan se encasquetó el sombrero hasta los ojos.

—No quiero verlo.

Miguel seguía moviendo los labios, impetrando a san Alejo.

Henry chascó la lengua.

—Bueno, esto tenía que acabar un día u otro… —se dirigió al comandante—. Cuando quiera, puerco.

—¡Apunten…!

Los soldados alzaron los rifles apuntando a los cuatro hombres y a la mujer que iban a ser fusilados.

Antes de que el comandante diese la voz de fuego, se produjo un terrible cañonazo.

Un obús llegó zumbando.

Algunos de los soldados descompusieron las filas arrojándose a tierra.

El obús estalló a unas veinte yardas.

Dos soldados fueron alcanzados por la metralla.

—¡Ahora! —gritó Dick, que se había separado de Ellie al oír el cañonazo.

El y sus compañeros se lanzaron sobre los soldados que habían quedado inmóviles por la impresión del estampido.

Rajadura echó mano a su revólver, pero Dick cayó sobre él y los dos rodaron por el suelo.

Otro obús se puso en camino desde el monte.

Henry se quitó de encima dos enemigos, apoderóse de un revólver y se puso a disparar.

Dick y el comandante seguían rodando.

El Colt por cuya posesión luchaban se disparó. El comandante lanzó un aullido.

Dick se apartó de Leopoldo viendo el enorme boquete que el comandante tenía en el estómago y que trataba de cubrir con sus manos estremecidas.

El loco seguía cañoneando desde el monte.

Miguel y Jonathan peleaban como dos fieras.

Los soldados que salían de los pabellones corrían en busca de refugio. Nadie se preocupaba de lo que estaba ocurriendo junto al paredón.

Dick y Henry ayudaron a Jonathan a liberarse de sus últimos enemigos.

—¡El cofre! —gritó Dick.

El abuelo y Miguel cerraron el cofre y lo atraparon uno por cada lado.

—¡Aquí hay un carro! —gritó Henry.

Echaron a correr todos hacia el carro y treparon a lo alto.

Dick y Ellie se ubicaron en el pescante. El joven movió las bridas

y los caballos, nerviosos por los cañonazos, salieron de estampida.

Poco después el vehículo salía del cuartel, cuya garita a la entrada había sido abandonada.

Dieron un rodeo para no pasar por el centro de la ciudad y Dick hizo correr los caballos por el camino que conducía a la frontera.

El tipo de la montaña envió otros dos obuses, pero luego el cañón enmudeció.

Ellie se apretó contra Dick.

—Al fin lo hemos conseguido.

Henry habló por detrás de ellos.

—Bueno, Dick, acepto tu oferta. La mitad para cada uno.

—¡Y un cuerno! No pienses en eso. Tendrás una parte como todos, y ya puedes sentirte satisfecho.

Henry había pensado que Dick lo dejaría sin nada, de modo que, después de sonreír, se echó el sombrero sobre los ojos, cruzó los brazos y dijo:

—Voy a dormir un rato. Despertadme cuando lleguemos a Río Bravo.

Siguieron avanzando por el camino cuando de pronto vieron aparecer a un tipo por entre los árboles de una ladera. Era un extraño individuo melenudo, con larga barba, cubierto de harapos.

—¡Es Joe Huxley, el hombre del cañón! —exclamó Ellie.

Huxley se puso en mitad del camino y Dick tiró de las bridas.

—Eh, Huxley, somos amigos, nos hizo un gran favor con su cañón cuando estábamos a punto de ser fusilados.

—¡Condenación! —exclamó Huxley rascándose la cabeza a dos manos—. Se me acabaron los obuses. La última docena la mandé seguida al pueblo.

—No sabe qué buena idea tuvo, Huxley. Suba al carro.

—Gracias, amigo —dijo Huxley, y cuando trepó a lo alto agregó —: Me quedaré en el primer pueblo que encuentren en el camino. Pienso asaltar un Banco. Con el dinero compraré más obuses y volveré a Rincones. No saben lo emocionante que resulta estar arriba y ver cómo saltan las casas…

Jonathan y Miguel le miraron aterrorizados.

Ellie preguntó por lo bajo:

—¿Qué hacemos con él, Dick?

—Gracias a Huxley tenemos el oro, de modo que le

proporcionaremos el mejor sanatorio donde pueda ser recluido…

—Gracias a Huxley.

Huxley se dejó caer entre Jonathan y Miguel, los cuales empezaron a castañetear los dientes.

—Sí, amigos —dijo el loco—. Volveré con «Heliodoro»… ¿No conocen a «Heliodoro»? Es mi cañoncito… Hablaba con él todas las noches…

Jonathan lo obsequió con una sonrisa mientras Miguel se encomendaba a San Obdulio, protector de la gente contra los chiflados.

Henry dormía sin enterarse de nada.

Pero tampoco se enteraban Ellie y Dick, porque en aquel momento tenían sus labios unidos.

F I N

CASIO C-80
RELOJ
CALCULADORA
CALENDARIO
CRONOGRAFO

Ahora puede poseer por un precio excepcional uno de los relojes mejores y más solicitados del Mundo. El Reloj CASIO que hoy les ofrecemos ha superado con éxito siete fuertes controles de calidad lo que le convierten en una joya de precisión, diseño y probada funcionalidad. Con él podrá estar informado con la precisión del mejor de los relojes y además podrá realizar las operaciones matemáticas que precise. ¡Con sólo mirar su reloj! Adquiera hoy mismo este reloj excepcional a nuestro precio especial para usted. GARANTIA TOTAL

Reloj Calculadora
Ref. 2266

por sólo 4.990,-pts.





RELOJ DIGITAL PARA CABALLERO

Resistente reloj de caja y pulsera en acero inox. Con cinco funciones: horas, minutos, segundos, número del mes, día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.052

por sólo 1.490,—pts



RELOJ DIGITAL PARA SEÑORITA

Con caja y pulsera de acero inox. de bellísimo diseño. Tiene cinco funciones: Horas, minutos, segundos, mes y día del mes y luz para lectura nocturna.

Ref. 2.053

por sólo 1.490,—pts.



Condiciones para America, pedir información.

Sr. Director: Acogiéndome a sus ofertas y teniendo en cuenta las garantías que me ofrece, le ruego me envíe a mi domicilio los artículos que le detallo a continuación, así como los regalos que me corresponden de acuerdo con el importe de mi pedido.

REF.	ARTICULO	PRECIO
PAGO REEMBOLSO	GASTOS DE ENVIO	150
	IMPORTE TOTAL	

Nombre ______________________ Edad ____

Domicilio ______________________ Tel. ____

Población ______________________ Dto. Postal ____

Provincia ______________ Fecha de pedido ____________

Escribir al apartado 14.020 de Barcelona.



EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 50 ptas.